

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica

1933

Sábado 8 de Julio

Núm. 2

Año XV. No. 642

SUMARIO

| | | | |
|--|-------------------|---|-----------------------|
| El genio de Bolívar y España..... | R. Blanco-Fombona | Mueré un poeta español: Salvador Rueda..... | E. Díez-Canedo |
| La acción ahuyenta el sosiego, pero da al hombre un sentido inmenso de vigilancia..... | Juan del Camino | "Colorista" español..... | Juan Ramón Jiménez |
| ¿Qué hora es...? | Azorín | Soneto..... | Claudia Lars |
| Bibliotecas..... | J. Edwards Bello | Bibliografía titular..... | Porfirio Barba-Jacob |
| Los del novecientos..... | Blanca Luz Brum | Poesías..... | Héctor Pérez Martínez |
| En Los Angeles (Calif.)..... | B. Sanín Cano | Tablero..... | |
| John Galsworthy..... | | El poeta de la angustia..... | |

NUEVA INTERPRETACION DE LA HISTORIA

El genio de Bolívar y España

= De El Sol. Madrid =

Un novelista muy leído hasta hace poco, hoy bastante venido a menos — porque cuando asciende el nivel de la cultura disminuye el auge de ciertos escritores—, se dedica ahora a prologar anónimos escritores ultramarinos y a croniquear en los periódicos.

Una de estas croniquillas habla de que en la América de origen español aparecieron de pronto dos Napoleones. Ni el doctor García del Real se atrevió a tanto. Muchos Napoleones son dos.

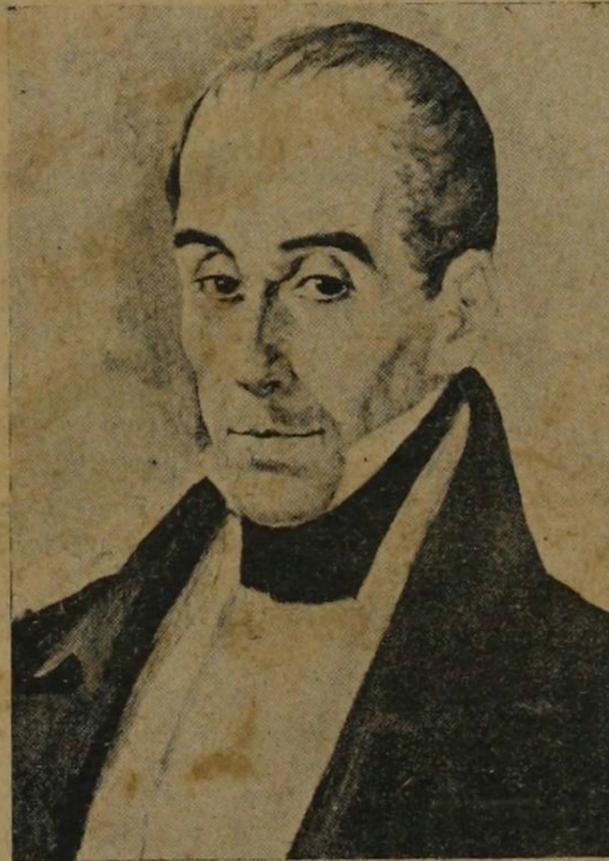
Y uno se pregunta: Si desde César hasta Bonaparte no abundaron en el mundo los Napoleones, ¿cómo pudieron salir dos—y a un tiempo—en distantes y oscuras colonias? Dos, que con el de acá hacían tres.

No culpemos al cronista, con todo. Sólo ha querido hacer quizá una frase intrascendente y halagar la vanidad nacional de algún pueblo. Tal vez ni siquiera eso. Escribir su amena croniquilla nada más.

El único genio—genio de acción y genio de pensamiento — que hasta ahora ha producido la América, desde el estrecho de Behring hasta el de Magallanes, ha sido Bolívar. Bolívar es cosa muy seria y sin fácil parangón. No sólo por lo que hizo, sino por lo que dijo y pensó.

Algo semejante a lo que hizo lo realizaron antes Pizarro y Cortés, y en su tiempo, Sucre y San Martín. Sin embargo, Bolívar es único.

Muchos hombres que representaron papel de primer orden en la fundación de los nuevos Estados de América fueron héroes civiles o héroes militares. Lo mismo en el bando americano que en el bando español. Es decir, fueron personajes de los que cierran una época o de los que contribuyen a abrir una nueva. Sólo Bolívar fué el hombre del porvenir. En esto—y en la genialidad poliédrica—únicamente César puede compararse. César como Bolívar y Bolívar como César abren la nueva época, no simples juguetes del destino, sino preparadores conscientes de la nueva edad histórica.



Simón Bolívar en 1830

Estudio de Michelena

Bismarck, Washington, Napoleón, fueron hombres superiores, cuya acción personal coincidía con un gran momento. Pero ninguno de ellos fué, en el grado que Bolívar y César, el hombre del momento que nace, el héroe de la transformación.

Bismarck vivió con los ojos en el pasado; su empeño fué resucitarlo o prolongarlo. Napoleón, de genio incomparable en cuanto soldado, político oportunista, siguió el impulso de un movimiento nacional explotado, pero no iniciado por él. Posee del tiempo nuevo un concepto restringido. Resucita, en su provecho personal, las formas fenecidas de una época ya caduca, reaccionando contra el exceso y el desorden renovador. Lo aplauden los que quieren la continuidad, renovada, de una expresión histórica.

Washington no fué gran cerebro, sin que por ello dejara de ser grande hombre. Representó un papel, no de impul-

sor deliberado de la nueva época, sino de servidor electo para dirigirla.

En caso parecido, si no idéntico, están en la otra América el mariscal Sucre y el general San Martín. Sucre fué un gran soldado, quizá el mejor de América, pero sin el genio de Bolívar. Realizaba grandes cosas a las órdenes del Libertador. El genio no recibe órdenes; las da.

San Martín es el héroe del Sur, director militar de la revolución argentino-chilena y dictador del Perú. Apenas se encuentra con Bolívar en Guayaquil, chocan las ideas monárquicas del uno con las ideas republicanas del otro. Prevalece lo que debía prevalecer.

El abnegado San Martín, en vista de la situación angustiosa porque atraviesan la guerra y la causa de América, se ofrece a servir como segundo del Libertador, y como el Libertador tuviera la delicadeza de no aceptar aquel sacrificio de su émulo en gloria y en servicios, San Martín se retira de la política, de la guerra, de la América y deja en manos de Bolívar las dos ramas de la revolución de América, ya unificadas.

Desde aquel instante se borra voluntariamente el gran soldado del Sur ante el gran soldado del Norte; quedan ambas revoluciones, la argentino-chilena y la colombiana—representadas por los ejércitos respectivos—, bajo la inspiración de Bolívar.

Así triunfa en Junín, Ayacucho y el Callao: funda nuevas Repúblicas, las consolida a todas y a todas las reúne en el Congreso internacional de Panamá. Es el único Hegemón del continente,

Un político de entonces. Rivadavia, adversario de la política radical y de unificación continental de Bolívar, quiso, en vísperas de Ayacucho, comprar a España la independencia de su provincia. España no hizo caso. A España han podido vencerla por las armas, pero no prostituirla por dinero. Ha sido y sigue siendo el pueblo de penacho y sonrisa altivos donde no se cotiza esta cosa incoercible y única; el honor. Por eso salió de América venci-

da. pero admirada, y un siglo después, en las reacciones de la justicia histórica sobre la pasión del momento, el Nuevo Mundo se reconoce deudor de España y prolonga en el espacio y en el tiempo la cultura española.

Contra la política americana del Libertador, Rivadavia tuvo esta frase: "Volveremos la cara a la culta Europa".

Frase expresiva. En su estupidez—sobre todo en aquella época—bastante elocuente.

Bolívar representa precisamente la reacción indefinida contra "la culta Europa". No sólo contra la España dominadora; contra Europa en general. Su anhelo fué crear otra Europa, no sierva, sino émula de la antigua. Quiso fundar un nuevo universo, con bases sociales nuevas; no sólo políticamente distinto, sino distinto fundamentalmente.

¿Renunciaba al saber y a la experiencia del Viejo Mundo? Al contrario. Quiere aprovecharlos, asimilarlos, para su nueva obra original.

Todo lo que vale en Europa y puede servirle lo busca y atrae en obsequio de América. Centenares de españoles liberales colaboran con él en las armas, en las ciencias, en las letras, en la diplomacia. El primer ministro de Bolívar en Washington, el diplomático que hizo reconocer a Colombia por los Estados Unidos, el señor Torres, es un español.

Llama a América pedagogos, matemáticos, escritores, botánicos: a Lancaster, a Boussingault, a don Simón Rodríguez, a Bompland. Emplea las viejas piedras para la construcción del edificio nuevo. Todas las fuerzas útiles sean de donde sean, las emplea o desea emplear en la obra magna.

Es enemigo de países microscópicos. Quiere fundar en América grandes Estados. Quiere fundar un grande Imperio republicano y democrático. Algo como lo que han sido luego los Estados Unidos.

Había desde 1813, en el alba de su carrera, de establecer con varios países del Nuevo Mundo un Estado poderosísimo que sirva de contrapeso a Europa. (Doc. de Dic. de 1813).

Poco más tarde propugna por establecer con los países del Nuevo Mundo "la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la tierra". (Carta al director de las "Provincias Unidas del Río de la Plata", 1818).

Convoca a los pueblos americanos en 1824 para que funden una Liga anfictiónica.

Por último, aun en presencia de la anarquía y de la barbarie americanas, que considera transitorias, pero estorbosas, sigue pensando en desplazar el eje de la civilización de Europa y desviarlo hacia el Nuevo Mundo. Para ello no se para en barras. Inglaterra, la potencia liberal por excelencia, puede ayudarlo. Bolívar la lisonjea diplomáticamente. Aspira, ya que América no posee elementos para su desenvolvimiento rápido, a que Inglaterra colabore en la unificación y transformación del Nuevo

Mundo, tal como él la sueña y prepara. (Documento de 1826 sobre el Congreso de Panamá).

Pero a Inglaterra la absorben entonces muchos problemas europeos y es demasiado egoísta. Con ser dueña del comercio de América tiene bastante, ya que parecería mucho ambicionar territorios.

No se trata sólo de que Bolívar haya pretendido sustituir el imperialismo europeo con un prematuro imperialismo hispanoamericano. Se trata de crear en el mundo una gran fuerza expansiva nueva y de dar a los continentes — son sus palabras de 1813—un equilibrio estable.

Bolívar fracasó, como fracasó Julio César en la realización total de su ensueño. No por ello son menos grandes. No fué Bolívar, en resumen, quien fracasó; fué su pueblo. La desgracia ca-

pital de Bolívar ha sido ésta: ser un grande hombre sin gran pueblo.

Es simbólico el que sea precisamente un español el que acoge a Bolívar—proscrito—en sus últimos días, el que uno de sus albaceas testamentarios sea otro español y que su archivo lo salven un español y un inglés.

El simbolismo es trasparente. Comprendieron esos hombres que aquel hombre era una partícula brillante del alma de España.

En efecto: Bolívar quiso para su raza—que fué la española—un nuevo e ilimitado porvenir. El salvó a la América de ser india o de ser inglesa.

Enseñó otra manera que no la histórica de ser hispano. Quiso fundar sobre la libertad y la República una nueva sociedad imperial de lengua española.

R. Blanco-Fombona

Estampas

La acción ahuyenta el sosiego, pero da al hombre un sentido inmenso de vigilancia

= Colaboración =

A la Inteligencia de la América nuestra se le predica que se salve para la obra de orientación y consejo. Salvarse es mirar la acción, es decir, la lucha, con moderación. No debe la Inteligencia precipitarse en el mundo del sacrificio estéril. Nació con otros menesteres que no son por cierto los de abrazarse "decididamente con la inquietud social de su época" y echarse "a media calle" por esa inquietud.

El predicador más reciente de esos consejos a la Inteligencia de la América nuestra es Alfonso Reyes. El es un "intelectual absoluto" y siente que la acción es devoradora. El reposo que

la obra perdurable necesita no lo da la participación inmoderada en la lucha social. Se abre un abismo a los pies del hombre que no transige con el juego trágico de los gobiernos o de las castas de un país. Atracción abismal amenaza a ese hombre y le roba calma para el estudio. La calle es para el que no tiene nada que salvar de la destrucción inmisericorde y bien puede vaciar en cada esquina su carga de teoría y de práctica. No es obra de valor trascendente y morirá sin pérdida para la Inteligencia. En cambio, el "intelectual absoluto" ha de darse sus asomaditas a la acción y nada más. Pero sin comprometer su obra, sin acabar con la virtud salvadora de la moderación. En la lucha corre por todos los resquicios el instinto que es plebeyez. El intelectual necesita un medio sutil que pula su videncia para orientar y aconsejar.

Es cierto que la acción ahuyenta el sosiego. Pero da al hombre un sentido inmenso de vigilancia. Ese sosiego no es en suma otra cosa que comodidad. Cuando se disfruta de la posición oficial o no oficial entra a la vida del hombre la prudencia que le grita a cada instante su credo acomodaticio. No te separes de tu plano, aquí crecerás, es el mandato de la comodidad. Y como el "intelectual absoluto" tiene conciencia de su superioridad, acata la voz interior. El asegura que es una voz interior lo que escucha marcándole el rumbo de la moderación. Y hay que creérselo, porque nada lo perturba. La acción puede ser turbulenta y salpicar asta él, pero fiel a la vocecilla interior, dirá que precisa salvar la Inteligencia para la obra de consejo y orientación.

Mucho admiramos al más reciente de

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen RAPIDAMENTE con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

los predicadores del término moderado en que debe conservarse la Inteligencia de nuestra América. Sin embargo, debemos decirle que su teoría de la comodidad la juzgamos perjudicial para la defensa de estos pueblos. Él habla desde un plano absolutamente desconectado de la acción. La Inteligencia que él defiende del apleyamiento es una Inteligencia para crear primores. Pero lo cierto es que la defensa de estos pueblos quiere cosas sin pulir. El roce con la realidad es fuerte y si no se le opone entraña dura, la defensa se vuelve miserable.

Cuando a la Diplomacia van a parar los escritores que fueron inconformes con el medio, decimos que se perdió una unidad de defensa. A Gonzalo Zaldumbide no lo conocemos como hombre que ciñe pluma batalladora. Pero sabemos de él que la América tiene que agradecerle sus devociones por Montalvo. El luchador grande encontró en Zaldumbide un ordenador cuidadoso de su obra. Leemos al ecuatoriano en ediciones que Zaldumbide revisó con devoción. Y de Zaldumbide hablamos, porque es uno de los escritores anclados en la Diplomacia congregada en torno al Departamento de Estado. Nos llega el número de junio de "La Nueva Democracia" y en sus páginas una conferencia "A los Estudiantes de Hispano-América en los Estados Unidos", pronunciada por Zaldumbide el diplomático en un colegio de aquella República. Elogia el diplomático la civilización yanqui agotando el uso del superlativo. No cabe mejor ejemplo en la hora actual que el que da la nación norteamericana con su inmensa capacidad constructora. Es elogio de los que retumban. De cerca tiene Zaldumbide la entraña de ese país "que no teme destruir porque está seguro de edificar". Y la mira y la palpa cuaiando su palabra de suprema admiración.

No reflexionaríamos en la obra de orientación y consejo que van dando a la América nuestra Alfonso Reyes y Gonzalo Zaldumbide, tipos representativos del "intelectual absoluto", si no hubiéramos encontrado en el segundo una afirmación grave. Ha referido al comité del estudiantado extranjero de un colegio yanqui todo lo maravilloso que encuentra en la capacidad civilizadora de ese país. Va a terminar y entonces intercala esto: "Felizmente en nuestro hemisferio, por lo menos el fantasma que antes se agigantaba, el del imperialismo yanqui que iba a conquistarnos, va alejándose de las mentes inquietas".

Va alejándose de las mentes inquietas, dice el diplomático que como escritor encontró en Montalvo un guía de la gente nueva de nuestra América. El imperialismo yanqui va perdiendo enemigos. Esa acción de que pretende librar Alfonso Reyes a la Inteligencia es precisamente la que más está agitada por la conquista del imperialismo yanqui. ¿La obra de orientación y consejo que está reservada al

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

"intelectual absoluto" es esta que Zaldumbide nos envía por medio de "La Nueva Democracia" del señor Samuel G. Inmann?

Si para decir estas cosas a nuestros países es que la Inteligencia debe "conservarse en un término moderado respecto a la acción", lo mejor será no creer en la obra de esa Inteligencia. Porque tanto Alfonso Reyes como Gonzalo Zaldumbide son representativos de la Inteligencia. Se han colocado lejos de la acción que mantiene viva la conciencia de nuestra América.

Porque está distante el lugar en donde salvan la Inteligencia esos escritores, es que puedan afirmar que la acción no debe contaminarlos. Son moderados y prudentes. Manifestación de prudencia es la alabanza desmedida de la civilización yanqui con detrimento de nuestras propias posibilidades. El imperialismo yanqui extiende su influencia hasta sitios insospechados. ¿Qué bien han de salirle sus planes de dominio viendo sumisos a los representantes de las naciones que quiere atraer para su red imperializante! Vivieran esos escritores medio a medio de la acción o por lo menos, si distante de ella, sintiéndola como una manifestación creadora de los pueblos. Vivieran así para que no la menospreciaran y supieran defenderla del fracaso.

Sin embargo, los que en la América nuestra quieren entender que no hay obra de orientación y consejo duradera si no nace de la entraña de la acción, tienen que estar en guardia contra las teorías creadas en torno al papel no plebeyo de la Inteligencia y del "intelectual absoluto". No es cierto lo que afirma el diplomático Zaldumbide ante un estudiantado yanquizado. No es cierto que el vigilante en estos países considere alejado el peligro de la conquista imperialista. Los que vivimos en medio de la lucha imperialista sentimos que no dice verdad el señor diplomático Zaldumbide. El contacto con aquella civilización traerá necesariamente un contraste desolador con lo que estamos en condiciones de ofrecer a la Inteligencia que orienta y da consejo. Pero a los que día con día palpamos

cómo el círculo de la conquista va cerrando sus eslabones estruendosos, no nos convence esa obra de la Inteligencia. El imperialismo sigue inquietando a mayor número de conciencias en la América nuestra. Es claro que al que vea sólo civilización en las organizaciones norteamericanas que irrumpen por nuestros países, no le entrará angustia y desvelo. Los que piensan en el poder de conquista que hay en cada rapacidad de esas, se alarman y siguen clamando contra el imperialismo yanqui. Será fantasma para los que nunca estuvieron en la acción. Será fantasma para los que enloquecidos por una cultura derramada hasta en los pequeños resquicios por donde transita el diplomático, encuentren que más vale aquella vida suntuosa que el apleyamiento a que somete el medio de la América, primitivo y bárbaro, a sus pobladores.

Con todo, el imperialismo yanqui es más penetrante y más agresivo. La agresividad le da mayores poderes de conquista. Como la civilización crece, la expansión trae a estos países organizaciones que se adueñan mediante amenazas y cohecho de todos nuestros recursos. El imperialismo yanqui, ya lo han repetido todos los que por acá vigilan, se apodera de las rutas aéreas, de las aguas de mar y tierra, del suelo, de las minas, de la banca, de la industria, del comercio. Se apodera sin temores. Necesita esos recursos para extenderse, para volver vasalla la América nuestra. ¿Quién no lo ve? Sólo a la pupila del diplomático que no vigila otra cosa que el protocolo puede pasar inadvertida esta realidad que tiene en agonía miserable a nuestra América. El imperialismo es multicéfalo y más de una cabeza agarrará la Diplomacia hispanoamericana y la reduce a servidumbre.

No crea la población estudiantil que se civiliza en colegios norteamericanos que ha pasado el peligro de una conquista imperialista. No crea que hay conformidad en los espíritus vigilantes. El imperialismo yanqui hace su obra de vasallaje. Lo sentimos cuando nos arrebató la electricidad y le pone precio fenicio. Lo sentimos cuando nos arrebató las rutas aéreas y monopoliza el

transporte. Lo sentimos cuando nos arrebatara la tierra y expulsa al nativo de su señorío. Lo sentimos cuando interviene naciones y prolonga el vasallaje.

Justificamos, pues, nuestro comentario. A Alfonso Reyes le decimos que es mal inmenso para esta América predicarle la necesidad de salvar la Inteligencia con menosprecio de la acción. El comodidoso abunda y pronto será vocerío eso de que se está reservado para orientar y aconsejar. A la Inteligencia sólo hay que salvarla de la vileza. Y la acción, por más horror que inspire a los que disfrutan de la comodidad, es creadora. ¿Para qué quieren las naciones al contemplativo? ¿Para qué quieren esa Inteligencia, si mientras ella crece apar-

tadiza y en moderación ejemplar, los listos están saqueando y los poderes de afuera, ayudados de los listos, organizan la entrega de todas las reservas que dan independencia? ¿Para qué, Alfonso Reyes? Su prédica conduce a esos engaños en que vemos al señor Zaldumbide. El engaño de negar que tenemos la conquista aunque nos viene arrollando día con día. El engaño de afirmar que no existe imperialismo yanqui y los hombres de la plutocracia rapaz puedan justificar sus organizaciones de conquista diciendo que son agencias de civilización.

Juan del Camino

Costa Rica y julio de 1933.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Bibliotecas

— De Luz. Madrid —

En Madrid se ha celebrado una Exposición de bibliotecas infantiles. El público ha podido creer que se trataba de una muestra de actuaciones editoriales. Y no era eso; era cosa más atractiva y simpática. Se formaba una Exposición de bibliotecas ordenadas por los niños para su uso. Han figurado en la Exposición unos cuarenta niños; la edad máxima para ser expositor era de doce años. Y causaba verdadera satisfacción ir viendo todas estas bibliotecas; ir examinando, una a una, con cuidado, con escrupulosidad, todas estas bibliotecas que delicadas manos infantiles han ido formando un día y otro. Algunos de estos niños han llevado los estantes en que tienen, en sus casas, colocados sus preciados volúmenes. No ha faltado alguna niña que, con el estantito y los libros, llevaba también la mesita en que ella trabaja y el sillón en que se sienta. Una niña, hija de un albañil, había aportado un estantito hecho y lindamente decorado con sus débiles manos. Los libros no han sido muchos; no han sido tampoco muchos los expositores; no han sido, igualmente, muchos los visitantes. El público, engañado sin duda por el título de la Exposición, ha creído que se trataba de una Exposición editorial y no de la obra de los niños. Pero el impulso está dado, y otro año es de esperar que lo que se haga sea más completo y definitivo. Entre tanto, vayamos formando nosotros una biblioteca para un niño; el niño somos nosotros; hemos vuelto a los seis años; con nuestras manos imbeles vamos acariciando un volumen; no tenemos todavía idea de lo que son los libros; un libro, para nosotros, es una cosa de misterio; como cosa sagrada lo tenemos entre nuestras manos. Y cuando seamos hombres, cuando la edad haya avanzado y los años hayan hecho su

obra, nos acordaremos de este libro de ahora. Siempre existe en la vida humana un deseo que no se ha satisfecho; a veces es un viaje que no se ha podido realizar. Otras veces nos acordamos de un señor que en nuestra infancia nos inspiraba curiosidad y que no pudimos nunca escuchar. Y lo más seguro es que, siendo niños, alguna vez no pudimos leer un libro que íbamos a leer, y que nos fué arrebatado de las manos. ¿Qué trascendencia hubieran tenido, para nosotros, para nuestra vida ulterior, el viaje que no realizamos, la conversación con el sabio que no mantuvimos o la lectura del libro que no pudimos leer? En todo caso, el sedimento ha quedado en nuestro espíritu; un libro habrá en nuestra vida que, aunque los hubiéramos leído todos, aunque seamos infatigables bibliófilos, no volveremos a encontrar: el libro, no sabemos cuál, no recordamos su título, que un día íbamos a leer y no pudimos leer.

Con el recuerdo de ese libro ideal, con la añoranza de ese libro que no pudimos leer, vamos ahora, tornados de nuevo a la niñez, a formar una biblioteca. Como tenemos una persona fina y escrupulosa que nos guía, la tarea será fácil. ¿Y es que lo primero de todo, teniendo seis, ocho, diez años, como tenemos, lo que vamos a hacer es leer un libro? En los libros están las cosas, pero en la realidad están las cosas antes. Primero, por lo tanto, tendremos que conocer las cosas en la realidad, y luego las veremos en los libros. Y damos paseos y más paseos por el campo; examinamos las plantas, las piedras, los insectos, los pájaros. Ahora nosotros hemos encontrado muchos niños—y niños salidos de famosos colegios—que, en el campo, no saben distinguir las plantas, ni conocen los nombres de las piedras, ni saben qué insecto es éste, ni qué pá-

jaro es el que ahora vuela. Pues tendremos que ir cogiendo las hierbecitas de los ribazos y levantando las piedras para ver qué insectos hay debajo de ellas. Las plantas, algunas con sus florecitas, son diversas y crecen en diversos sitios; insectos no nos faltarán tampoco. Arañas hay en todas partes; no tengamos miedo de coger una; no hacen nada; de un pino ha bajado una chiquita; parece un gimnasta que descende por una maroma; se posa en nuestro sombrero; la apresamos y, de pronto, se encoge, toda medrosita, y se hace la muerta. Y es que el hombre, queridos niños, es un animal tan espantable, que todos los seres, en la Creación, le tienen miedo. No hagamos mal a la arañita; démosle suelta; que se marche por el bosque. Y con el ramo de hierbas silvestres que tenemos en la mano volvamos a casa. Ya hoy la tarea ha terminado; hemos visto piedras, plantas e insectos. Todo tendrá en nuestro cerebro infantil su lugar. Y todo, a lo largo de la vida, seamos artistas, seamos políticos, dejará un rastro beneficioso, fecundo; porque nos dará todo esto lo que más vale en la vida de un artista o de un político: el sentido de lo concreto; ese sentido que nos hace apoyarnos en la realidad y no perdernos en abstracciones infecundas y dañinas. Y cuando, después de muchos paseos por el campo, sepamos todos los nombres de las cosas y hayamos entrado en contacto bienhechor con las cosas, estaremos preparados para leer los libros, es decir, para ver las cosas, no en la Naturaleza, sino en las páginas de los libros; no en la realidad, sino en la trasposición de la realidad que hacen los artistas.

Ahora es cuando con más gusto, con más eficacia, vamos a repasar los libros. Y aquí tenemos libros que siempre serán nuevos. Aquí están la "Odisea", el "Quijote", la "Divina Comedia", "Hamlet". No entenderemos seguramente todo lo que dicen. Pero si no hubiéramos leído estos libros inmortales siendo niños, nos faltaría algo en nuestra vida. No los entendemos; pero tendremos siempre la sensación de su lectura en la infancia. Y esa sensación la compulsaremos con la sensación que tengamos en la juventud. Y la sensación de la juventud nos servirá para contrastarla con la sensación definitiva, honda, que tengamos en la plenitud de la vida. Y de este modo una huella de luz, la luz del genio, se habrá formado en nuestra sensibilidad a lo largo de los años. Y así las cosas, esas cosas que nosotros hemos conocido y palpado en nuestra niñez, tendrán ahora, en la edad madura, lo que sin eso no tendrían. Las cosas por sí valen poco; las cosas no son más que las cosas. Les hace falta, para vivir, tener ambiente espiritual. Sin ese ambiente, sin esa sutil atmósfera, las cosas no son nada. Y la atmósfera espiritual de las cosas la dan los pensamientos que los libros hacen nacer en nosotros; pensamientos acerca de nuestro destino, acerca de la muerte, acerca de nuestra situación en el Universo. Ese

es el ambiente moral que da precio a las cosas. Unas páginas de alguno de los libros que yo quisiera ver en todas las bibliotecas infantiles, unas páginas de fray Luis de Granada o del otro fray Luis, hacen, como si fueran un fulminante, que las cosas adquieran de pron-

to una profunda significación que antes no tenían. Hacen que las cosas sean las cosas. Porque la luz de lo infinito es luz que resplandece maravillosamente sobre todas las cosas.

Azorín

Los del novecientos

= Colaboración. =

A veces entramos por ahí en una tertulia y vemos a unos hombres estacionados en las esquinas del salón, pegados a las puertas, silenciosos, algo trabados en sus movimientos. Sus caras fatales parecen condensar cierta timidez, algo así como una conciencia o anticipo de su fracaso. No saben conversar. Esto es, que si conversan se exaltan, llegan pronto a la discusión, a la frase gruesa.

Y, a pesar de estas condiciones, destinadas a hacerles de inmediato antipáticos, a mí me dan pena; sus rostros alejados de la fiesta, sus caracteres incapaces de felicidad me llenan de melancolía.

¡Ah sí! Esos hombres de rostros fatales yo los reconozco; son los del novecientos; son nuestros contemporáneos. Sus caracteres quedaron aplastados cuando comenzaban a despuntar; sus espíritus quedaron metidos en el zapato chino que nos fabricó la timidez o egoísmo de la burguesía del siglo pasado.

Hubo una época terrible para educar niños. Fué cuando nuestra sociedad quiso consolidarse en forma durable. Los padres de entonces eran serios, demasiado serios, y lo peor es que eran serios de apariencias también, porque aquí se ha vivido mucho de apariencias. La seriedad facial y la rigidez de modales eran indispensables para surgir en la vida, y entonces los padres sacrificaban un poco a los hijos en aras de su propio renombre de seriedad. El niño era una imagen de la casa y creían los padres que cuanto dijeran los hijos en la calle o el colegio iba a ser tomado como repetición de conversaciones case- ras.

Estas costumbres no fueron solamente chilenas, sino de muchos países en el siglo xix, exceptuando a Inglaterra y Estados Unidos.

Los resultados están a la vista. El triunfo en el comercio pertenece a esas dos grandes naciones. Los jóvenes ingleses y yanquis desparramados por el mundo no están cohibidos ni muestran esa timidez "de susto dado en la infancia" que a nosotros nos dejó impreso un rostro fatal. En Inglaterra y Estados Unidos dejan a la niñez que sea niñez; que el niño grite y corra, y pregunte y juegue en la calle, y se desarrolle retozando al sol sin miedo. Por eso llega aquí un inglesito y triunfa... ¿por qué? ¿Acaso somos tan ingenuos para no saber que los éxitos comerciales y aun políticos están íntimamente ligados con los éxitos de sociedad? La mayoría de los grandes puestos en las empresas gigantescas están desempeñados por hom-

bres de simpatía y educación práctica. A veces puede más el hombre de mundo, el que sabe conversar o posee el dón de colocar chascarros elegantemente, el que baila, practica sports, sabe tenerse en la mesa, canta o toca algún instrumento. Puede más el que hace gala de cierta desenvoltura o desenfado adquirido en la infancia. Por muy talentoso e instruído que sea el hombre del novecientos no podrá competir con el anglosajón, elegante, desenvuelto y alegre.

Note el lector que no hay triunfo social ni político posible sin el apoyo de la mujer. No se registra el caso de un sueldo fabuloso, cuando no de una fortuna rápida o ascenso sorprendente sin la influencia de la mujer, en la sociedad, en el salón, en la pista de baile o el balneario. Por eso goza tanta boga en nuestra tierra el "hombre simpático", el hombre ribeteado de conquistador.

Mucho se escribe, y con desoladora superficialidad, de los últimos acontecimientos chilenos, sin ver la parte pasional, la parte abstracta. Me atrevo a asegurar que estamos frente a una lucha de tendencias educacionales y a un drama de clases: ricos y pobres. Es el fracaso de un sistema educacional profundo y el triunfo de otro sistema más real y práctico adueñado del botín.

Viajando, cuando no simplemente vi- viendo, llegamos a descubrir una canti-

dad grande de valores menospreciados en otro tiempo y descuidados siempre so capa de seriedad. Se nos aseguró que eran superficialidades todas esas costumbres y artes que actualmente triunfan.

Mientras nos hacían callar en la mesa y nos relegaban a los estudios librescos fuera de las realidades, esos extranjeros, que ahora son amos de Chile, estarían, seguramente, saturándose de enseñanzas prácticas; succionando materias vitales y no mortuorias o estáticas. No solamente el anglo-sajón triunfa en nuestro país en detrimento del criollo, sino también, lo que es mucho más sugestivo, el español, el italiano y el turco.

Aquí viene algo muy interesante: los españoles, italianos o turcos triunfan precisamente en nuestra América cuando no son de la clase alta, ni recibieron esa educación pedagógica parecida a la nuestra y que actúa como pesado lastre. América ha sido fecundada siempre por el pueblo español cuya sensualidad sana, empuje, alegría y tradiciones, le hacen muy superior a nuestro pueblo. La Perfecta Casada de Fray Luis, antecedente de los Tres Ensayos de Marañón, es trasunto de vida de hogar española. Los niños chilenos no han podido llevar esa vida de pueblo, esa vida callejera y popular, por cuanto aquí estarían acechados por la relajación y sadismo sexuales. El niño acomodado se ha visto casi en estado carcelario para evitar terribles promiscuidades. Garcilaso de la Vega, Ulloa y otros observadores de los tiempos antiguos reconocen la relajación de la indiada o del pueblo mestizo. Por eso se separaron las clases violentamente. Aquí no se puede fiar un niño ni al ama menor de edad.

Los niños españoles populares reci-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

bieron una educación más libre, más vital, llena de contactos callejeros, de cantares populares, de sentencias nacidas de la práctica. Ellos buceaban en la vida misma mientras más sencillos en mayor grado, en tanto nosotros o estábamos encerrados o nos inclinábamos en aquellos textos del Liceo. Recordemos de memoria la lección de botánica de la página 40 del 4º año de humanidades. Dice así:

"Este conjunto se denomina esporogonio, designándose con la palabra seta al pedicelo filiforme; el esporogonio es un aparato esporífero, o sea destinado a producir esporas. En efecto (sic), la seta se prolonga dentro de la cápsula en un eje llamado columela"...

Un párrafo como éste, ¿no encierra la clave de nuestro fracaso? En efecto, el chileno actual no sabe ganar dinero y muchas veces creará que esta incapacidad encierra una virtud... También nos dijeron: "el dinero no hace la felicidad". Los grandes negocios actuales son: los incendios, los braguetazos, las crisis ministeriales, las cartitas de recomendación. La apendicitis es otra industria nacional; eso sí, requiere el oficio de médico.

¡Ah! ¡Quién hubiera cambiado las clases de física por natación, las de química por bridge u oratoria, las de álgebra por compra-venta de frutos, y las de altas matemáticas por guitarra!

Parecerá exageración o error, y sin embargo, viajando, cuántas veces ví los ojos pasmados de las mujeres siguiendo los ademanes de un guitarrista gracioso.

Cada vez que pregunto a uno de esos hombres del novecientos por sus recuerdos de la infancia, la respuesta es agria. Sus cejas se fruncen. No. No fué muy bonito nuestro comienzo. A mí me ocurre escuchar cierta música de banda militar y experimento una gran angustia. Es la misma música de la edad del colegio. El recuerdo de esa época no puede ser más ingrato. También he notado en los del novecientos una tolerancia especial respecto a los hijos; les tratan cariñosamente, haciéndoles perder el terror a los mayores, cual si quisieran borrar un resabio íntimo y profundo de terror personal.

Esta clase de chilenos queda al margen de los negocios, de las fiestas y triunfos sociales. Un caso típico es la formación de la Compañía de Salitre Chileno por el financiero yanqui Guggenheim. Uno de los peores escándalos que ha visto Chile es la formación de la **Cosach**, pagando sueldos de seis y cinco millones de pesos de seis peniques a los extranjeros Whelpley y Capellen Smith. Ciertamente, ningún chileno del novecientos verá sumas tan fabulosas en toda su vida.

J. Edwards Bello

Santiago de Chile, 1933.

USTED consigue el *Repertorio Americano*, en La Habana, con *Cultural*, S. A.: En la Librería CERVANTES: Avenida de Italia (Galiano). No. 82, y en LA MODERNA POESIA: Pi Margall (Obispo) 135.

En Los Angeles (California)

= Colaboración =

1 millón de habitantes.
1 millón de automóviles.
1 barrio negro
1 barrio chino.
1 barrio mexicano.
1 fresco místico del pintor mexicano José Clemente Orozco.
1 fresco revolucionario del pintor mexicano Alfaro Siqueiros.
200.000 hombres sin trabajo...
Esto y un poco más son Los Angeles... es decir un pedacito de Estados Unidos.

Se sabe además que la Décima Olimpiada se ha llevado a cabo en el fantástico "Stadium" de California... precisamente en el mismo momento en que las ametralladoras de Hoover barrían en Washington con los despedazados veteranos de la guerra...

También se sabe que la abrumadora mayoría de campeonatos obtenidos por la buena o por la mala por los americanos sobre los extranjeros, ha sido dada en su mayoría por jugadores negros, es decir, por la raza que más humillaciones y crímenes padece en Estados Unidos...

También es bueno mencionar que la mejor y más valiente propaganda llevada a cabo por los comunistas en favor de Toom Money ha sido hecha por dos admirables mujeres americanas y tres hombres que el día resonante de la clausura, en medio de los etiquetados discursos oficiales, brincaron desde las altas vallas al centro mismo del campo, las cinco y bravas figuras de las muchachas y los hombres que, vestidos de deportistas, exhibían grandes carteles rojos en la espalda que decían: "Pedimos la libertad de Toom Money". En tanto que los hombres se sacaban del pecho los carteles ocultos que decían: "Pedimos la libertad de Toom Mooney".

Habían 100.000 espectadores. Ellos recorrieron valientemente la grandiosa pista, en tanto que el público sorprendido al principio pudo luego reflexionar sobre aquel inocente que hace 20 años se está secando en el Presidio del Estado de California.

EL BARRIO MEXICANO

El barrio mexicano está cada día más solo y más trágico. Cientos de ellos salen expulsados cada semana rumbo a México. Silencioso éxodo cargado de amargo rencor hacia la raza de los explotadores rubios.

La pasada semana yo misma he asistido a la estación del "Southern Pacific" desde donde parten los cinco largos trenes que conducen a las fronteras de México a 1.400 deportados. Las sociedades prebisterianas y católicas-filantrópicas regalaban las raciones de víveres.

Esta nueva remesa cuesta a los Estados Unidos nada menos que 20.000 pesos... ("Los Angeles Times" del 18 de agosto de 1932).

La mayor parte de los deportados van con sus familias. Y en todos ellos fácilmente se nota la huella de larguísima miseria...

Algunos regresan locos y amarrados, porque las autoridades dicen que la enajenación es de carácter furioso. Y la caridad de los Sanatorios Americanos no llega hasta los locos mexicanos, pues hay exceso de americanos enloquecidos por la "depresión". Muchos de los deportados muestran grados avanzadísimos de tuberculosis, que apenas les permite avanzar con sus propias piernas. Para algunos tuberculosos graves hubo camilla, pero no todos pudieron hacer uso de esta ventaja, porque las camillas las necesitan también los tuberculosos americanos cuyo número ha aumentado aterradoramente con la "depresión".

La mitad de los deportados pierden las casitas de madera que adquirieron a base de ahorros, pues el gobierno americano se las confisca por las contribuciones no pagadas.

Han perdido el paladar a fuerza de comer alimentos "enlatados".

Han perdido el dulce acento de la lengua mexicana.

Han perdido sus gustos, su andar, sus maneras pacíficas y suaves.

Regresan difrazados con las ropas antiguas y baratas adquiridas en el "downtown"...

Pero más que nada van deshechos, exprimidos mil veces y de mil maneras distintas por el capitalismo feroz de Norte América; han succionado su sangre en las vías férreas, en las pavimentaciones de las calles, en las fundiciones, en los pozos de petróleo, en las minas, en las fábricas, en los fragantes campos de azahares de California... del mismo modo que exprimen y combinan cada día el jugo de sus doradas naranjas...

Los he visto en la más trágica y desgarradora actitud de despedida, caras de un rencor y un odio extático, con toda la fuerza interior de que es capaz la raza quemada de México... Ante ellos cruzaban y empujaban los agentes uniformados y secretos de la policía, con esa imbécil expresión de autómatas enfundados de orgullo, en el cumplimiento del deber y de la defensa sagrada de la sociedad... de esa sociedad que pagaba la obra gigantesca de los mexicanos en los Estados Unidos, expulsándolos en caravana hambrienta de locos y tuberculosos...

LA NOCHE EN BROADWAY

Detrás de las verjas cerradas, detrás de los muros enormes ¡vive otro mundo...!

Rugen los radios y los cines sincronizados. ¡Vive otro mundo!...

Detrás de las vidrieras están amontonados los diamantes...

Detrás de las cajas niqueladas y fuer-

tes, están los trasatlánticos pintados... los barcos como pequeños y maravillosos países...

Los barcos que hablan de largos viajes al Este, al Oeste, al Norte, al Sur; Francia, Inglaterra... Hawai... la India... las palmas de La Habana y la bahía del Brazil...

Las valijas de tersos y preciosos cueros, las bufandas, los abrigos, los guantes, la música que lleva el vapor...

LOS CINES

Los cines de fantásticas iluminaciones, alfombrados, silenciosos y tibios. Cruzan adentro los empleados vestidos como Reyes antiguos... Y como los papagayos del Perú, con trajes verdes, colorados y azules, cubiertos de charreteras doradas y galones de seda, plumas, capa y tricorno, pintados y empolvados. Explotados y todavía humillados por el gusto abominable de los amos. Disfrazados día y noche como los Emperadores para gritar: "15 centavos... 15 centavos para ver a la Venus Blondada..." "Pasen... pasen... pasen..." y vuela con el aire frío de la calle la capa y las plumas del trabajador que sonríe desde el lujoso Hall del cinematógrafo.

La noche abre y cierra su abanico fantástico...

Más abajo... más abajo... más abajo aún y ya estamos en los barrios dramáticos de la clase trabajadora: casas de chinos, de negros y de mexicanos. **Doblemente aislados por el color y la pobreza.**

Frente a "La Samaritana", casa de beneficencia, cientos de hombres y mujeres fuertes esperan con la cara caída de vergüenza, haciendo una interminable cola, su helada taza de caldo.

Y en los cines inmundos de cinco centavos que permanecen abiertos toda la noche desde que los sin trabajo hacen temblar a los Estados Unidos, ríen en la pantalla, como siempre, las multimillonarias de Hollywood, las famosasa despilfarradoras de dinero y venenos estéticos... mientras en la oscuridad de la sala esperan el amanecer hombro sobre hombro, niños, viejos, hombres y mujeres.

Algunas lamparitas rojas señalan las puertas de salida y recuerdan también el color de las reivindicaciones...

EL DIA EN BROADWAY

Los aparadores de las tiendas magníficas han recogido en gasas, en seda, en tules, el relámpago de la primavera.

Entre los transeuntes bien vestidos y vertiginosos se entremete una especie de mendigo elegante... el único que tolera ver la arrogante burguesía de Broadway.

A veces es un hombre que sale al medio día tocando el saxofón. O una señora de sombrero y guantes que vende lápices o manzanas.

Y en la espalda de Broadway, en la importante calle de los Bancos se ve

a un muchacho vestido como un cazador de leones que se pasa el día haciendo y deshaciendo esculturas de arena mojada.

Junto a él, una bandeja grande que no se llenará nunca y en la que navegan algunos níqueles.

Arriba un letrero que dice: "Ayudad a este artista que no tiene trabajo". Y el escultor, que por cierto es un pésimo escultor, cada vez que las señoras arrojan su limosna sonora sonríe y da las gracias en tanto que hace y deshace sus sirenas, sus leones, sus peces, sus soldados...

DE LOS MEXICANOS EN ESTADOS UNIDOS

El caso concreto de Florencia Martínez

Florencia Martínez ha nacido en California, tiene 57 años, 4 hijos y es casada con un obrero americano.

Son las 12 del día y ella ha entrado a este hogar mexicano donde yo me encuentro y dice: "Por favor, no tengo que comer ni que llevar a mis hijos; mi marido no tiene trabajo desde hace seis meses, se han agotado todas las pequeñas reservas... no tenemos nada..."

"¿Quiéren comprarme en 10 centavos estas servilletitas?"

Ella trae su cara sudorosa, y muy mal vestida a pesar de su polvoriento y horrible sombrero.

Su cara angulosa, sus ojos pequeños, el color de su piel oscuro y cálido, que es el mismo color de la caliente y humana tierra mexicana, sus manos tan dulces y apacibles veo que se han vengado muy bien del extraño apellido del marido que suplantó al de sus padres, se han vengado mucho más todavía del inglés con acento americano que pronuncia... Casi no puede hablarme en español... "Pero señora, insisto yo, ¿cómo es posible que con esa cara no pueda usted entenderse conmigo?"

"Yo no hablo inglés... hábleme en español, cuénteme todo, yo estoy aquí junto a ustedes dispuesta con toda mi alma a hacer todo lo que pueda para ayudarios, yo quiero decirle a México y a la América del Sur la realidad social de los Estados Unidos a través de mis ojos y de mi rebeldía... y más que nada de la explotación y de la humillación de las razas de color en Estados Unidos, yo voy a hablar ahora primero que nada de los mexicanos, de los más míos; por eso quiero saber su caso detalladamente con nombres y apellidos; háble-

me, Florencia: ¿Por qué se queja usted de los americanos?" "¡Ah!... cuando llamo a una puerta lo primero que me preguntan es: "¿Qué, eres mexicana?, primero titubeo, pienso en mis hijos que me esperan para poder comer, en mi marido desesperado y sin trabajo... y digo:—No... yo soy nacida aquí en California... pero ellas se han fijado con odio en el color de mi piel, en mi cara tan india y me dicen. — Tú no eres de aquí, has de ser mexicana o española... y nosotros no queremos ni a mexicanos ni a españoles..."

La puerta se cierra de golpe y Florencia siente que las lágrimas la rebelde y la raza se le suben arduosamente...

Florencia me sigue diciendo: "Tres de mis hijos han sacado los ojos, azules de mi marido y el color blanco de su piel. Ellos estaban jugando una tarde en la calle con otros niños mexicanos "bastante oscuritos"... y una señora americana muy bien vestida que pasaba se detuvo al ver a mi marido, y le dijo: "¿Por qué permite que esos niños americanos jueguen con esos mexicanos?" "Que los niños mexicanos vayan a jugar con aquellos otros que veo desde aquí y que han de ser mexicanos, porquetienen el mismo color..." Yo, que estaba cerca oyéndolo todo, me acerqué violentamente y le dije: "Pues esos niños que usted cree americanos son mis hijos"... "No. No, yo no creo, ¿cómo van a ser sus hijos, si usted parece negra?..."—Y yo le he respondido con toda mi alma: "Su corazón, señora es más negro que mi color y el de esos niños..."

Florencia continúa hablándome llena de confianza: "Tres de mis hijos, le decía que eran muy blancos como su papá, pero el cuarto es del color moreno mío, ¡pero tan bonito!... y sucedió que un día cuando los llevé a la escuela, la directora americana me dijo con la mayor naturalidad que sólo podía aceptar a los tres "claritos", el otro, me dijo, "es muy mexicano" y habría que ponerlo donde está la sección de los negros. "Pero señora directora, todos son mis hijos". "No importa... ese es demasiado negro y no podría estar aquí..." Pero señora, si los niños son todos iguales... si todos somos gentes... si todos somos hijos de Dios..."—Y al fin se mortificó la señora con las protestas mías, y yo tuve que regresarme con los cuatro niños a mi casa..."

Blanca Luz Brum

Los Angeles, Calif. Setiembre, 1932.

Doctor JORGE MONTES DE OCA

OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica
TELEFONOS: Oficina, 2950 - Habitación 2740

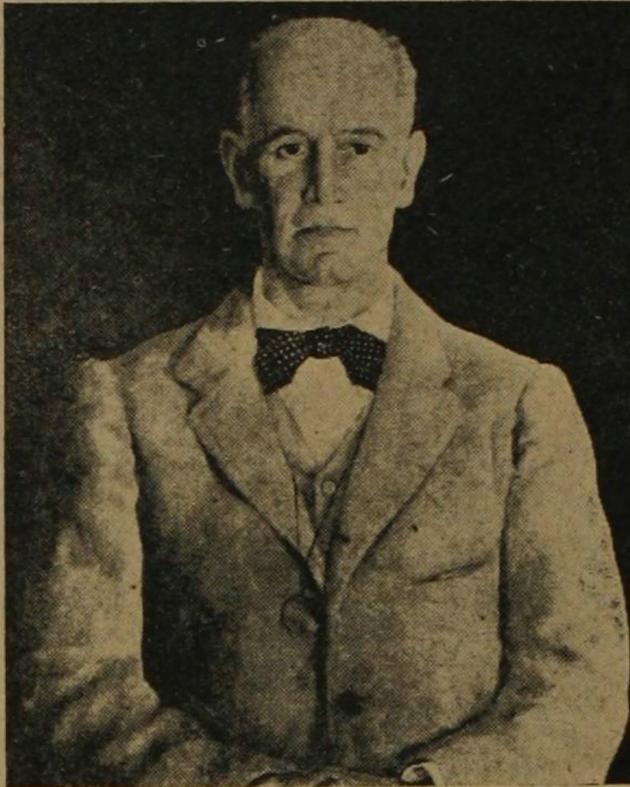
Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujo e inflamaciones del vientre; ensáyelo. Cistitis, Prostatitis, Blenorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseguida.

Un drama, una comedia y una especie de sainete imaginados por John Galsworthy han estado ocupando la escena de dos teatros en Londres. Rara vez se le hace a un autor cumplimiento de significación tan visible. La cortesía es mucho mayor si consideramos que Galsworthy está vivo y en toda la capacidad de una seria e intencionada producción. Es de notar que artista de tan fuerte previsión ideológica y a un mismo tiempo de pulso tan firme en el uso de los recursos escénicos sea tan poco estudiado y conocido fuera de Inglaterra. El, Bernard Shaw, y Arnold Bennett han sido por más de una década los nombres de más alta y merecida figuración ante el público británico de las primeras representaciones. Shaw se impone por lo tajante de su crítica; por el humor reverberante con que expone el resultado de sus observaciones personales en su viaje por la feria social de pequeñas e innumerables vanidades. La paradoja, forma de pensamiento que le es connatural, y su insaciable y tenaz curiosidad, son el elemento preservativo de su obra que parece condenada a no envejecer jamás. A veces la saña del crítico y las rachas de humor titilante comprometen el andar de la acción; pero el auditorio, tocado en lo vivo, y consciente de sus propias miserias, ríe complacientemente, con aire de superioridad y pasa a la escena que sigue. Preciso es, sin embargo, no engañarnos. Este flagelador intrepido de todas las flaquezas humanas, es un espíritu eminentemente compasivo. Esconde la piedad bajo las especies de la sátira, corrosiva y áspera en veces; pero en el fondo de su corazón es grandemente compasivo, y esto, sin duda, contribuye a conservar la admiración instintiva de un pueblo que no lo comprende en toda su desbordante plenitud. Ha querido la naturaleza distribuir sus dones con tal profusión que no es raro encontrar en los grandes humoristas como Cervantes una vena de piedad cristiana inagotable, y en los grandes apóstoles como Tolstoi rasgos de ironía tan penetrante como en los humoristas profesionales a la manera del Dean Swift o de Lawrence Sterne. Acaso por esta razón nos enseña Hoffding, el psicólogo danés, en su obra definitiva sobre este tema, que el gran humor de Shakespeare y Cervantes, no es un estado pasajero del espíritu sino el resultado de un concepto general, de una visión total y comprensiva del universo. Arnold Bennett ha paseado su risueña curiosidad de filósofo elegante y de artista por los aspectos del conflicto vital con menos acerba intención que Bernard Shaw. Es un filósofo amable, cuya sátira apenas toca la epidermis moral de su auditorio. Cautiva por la gracia y la ligereza de toque más que por la profundidad de la observación.

Galsworthy casi ha suprimido la alegría en su representación de la vida, tal como él la entiende. No quiere decir que carezca de humor, porque sin ese elemento, la levadura del pensamiento y de la emoción, apenas hay artista que logre fijar aspectos de la vida moderna

John Galsworthy

= Uno de los estudios del excelente librito *Indagaciones e Imágenes*. "Ediciones Colombia". Bogotá, 1926 =



John Galsworthy

Retrato de Randall Davey

en una forma durable. Pero la manera de ver al hombre carece en Galsworthy de la nota regocijada. Sus novelas "La casa de campo", "Fraternidad", "Un patricio", representan modos y facetas de la vida inglesa con extraordinaria eficacia y verdad; pero dejan en el paladar espiritual de sus lectores un amargo dejo, una tristeza honda y comunicativa. Sus dramas "La caja de plata", "Justicia", "Lucha", "La fugitiva", son de una evidencia desgarradora y predisponen al espectador a mirar el mundo con anteojos de vidrio oscuro. Veamos el argumento de "La caja de plata". Llega, después de la media noche, a la puerta de su casa un joven que ha estado corriendo la tuna por los barrios alegres, en compañía de mujeres poco discretas, con las cuales ha bebido más licor del que puede soportar su organismo. Lucha por encontrar el hueco de la cerradura, y, habiéndolo encontrado, como quien halla un mundo nuevo, se esfuerza tenazmente por introducir en él la llave; pero sin resultado alguno. Es una tarea superior a su inteligencia del momento y a su tacto vacilante. Un obrero pasa, se acerca a mirarlo, se ofrece a ayudarlo. El joven, que es hijo de un hombre rico, diputado al parlamento, muy bien hallado consigo mismo y con la sociedad, acepta la cooperación del obrero y entre los dos realizan la magna obra: la puerta se abre. El favorecido busca en los bolsillos con qué corresponder al servicio prestado y no hallando nada, invita al obrero a que entre a la casa. El caballero entra haciéndole dar vueltas a un saquito de mano que le arrebató, por hacer alguna cosa original e inteligente, a alguna de las mujeres con quienes se había divertido esa noche. Y mientras el saquito describe en el aire curvas de arte nuevo, el usurpa-

dor va diciendo: "Esta vez la he clavado". Entra y se sienta o se cae sobre un sofá y convida al obrero que permanece de pie a que se sirva whiskey, a que fume cigarrillos, a que tome lo que quiera, y se queda dormido. El obrero, hombre sin trabajo por el momento, esposo de la desventurada mujer que viene cada día por la mañana a barrer las habitaciones de esa misma casa, observa boquiabierto la habitación, bebe y fuma y al retirarse nota que hay una pequeña bolsa de seda sobre la alfombra. La recoge y ve que tiene monedas adentro. Sus ademanes revelan un drama de conciencia que dura pocos momentos, y, al fin, la necesidad se impone. El obrero se declara poseedor de la bolsita por derecho de cesión o de conquista. Habiendo tomado la profesión de conquistador le añade a la bolsa la caja de plata en donde estaban los cigarrillos y se marcha con aquellos dos objetos a la guarida donde él y su mujer y sus hijos toleran la existencia con ligeros intervalos de inepta rebeldía. La bolsita con monedas era el tesoro con que contaba para embellecer su existencia durante una semana la mujerzuela a quien le había robado por chiste su saquito de mano el hijo del diputado al parlamento. Mientras el señorito se entretenía en hacer girar por los aires esta pieza de la indumentaria femenina se escapó el portamonedas sin que el licor, digo el joven, lo echase de ver. La intención del autor es manifiesta. Si el chico se hubiera percatado de que ahí estaba una bolsa de dinero, se la habría dado sin vacilar al hombre que le había ayudado a abrir la puerta. A la mañana siguiente se presenta la dueña del saquito a reclamar su prenda y su dinero en términos perentorios, mientras el diputado al parlamento y su esposa toman el desayuno lamentando la ausencia del señorito que ha pasado mala noche y tiene dolor de cabeza. Le hacen venir, sin embargo, cuando se presenta la mariposa crepuscular y le preguntan si es cierto lo que esa mujer afirma. Niega al principio, vacila luego, y por fin va a su cuarto y extrae del bolsillo de su gabán la prenda deseada. Viene entre avergonzado y ufano a devolver lo ajeno. La chica abre el saquito, registra su contenido y pide que le devuelvan una bolsita con once libras esterlinas que venía dentro. La escena es rápida, llena de movimiento y vida. El señor diputado opta a regañadientes por pagar las once libras y, como dicen los diplomáticos, queda cerrado el incidente. A pocos momentos se descubre que falta la caja de plata. Lllaman a la mujer que barre los cuartos, la interrogan estrechamente y al descubrir que su marido anda sin que hacer y que se embriaga de cuando en cuando, que lo ganado por ella en esa casa no le alcanza para vivir, resuelven por lógica natural de los sucesos que la barrendera se ha robado la caja. Lllaman por teléfono a un agente secreto y la hacen seguir. El agente encuentra en la guarida de estos desgraciados la caja robada y decide, lógicamente tam-

(Pasa a la página 27)

Muere un poeta español: Salvador Rueda

= De La Nación. Buenos Aires =

Una expresión ha corrido ya por las breves notas de necrología que, en general, han sido el único homenaje tributado a un poeta español que acaba de morir. Es seguro que las necrologías españolas habrán empleado también esa expresión: sobrevivirse. Salvador Rueda, que ha llegado a vivir cerca de ochenta años—en su fecha de nacimiento historias literarias y antologías no andan muy conformes—, ha pasado buena parte de ellos “sobreviviéndose”.

A la verdad, ¿qué es un poeta, si no se sobrevive? La poesía es esto: supervivencia, paso a través de la destrucción y del olvido, negado al hombre como ser físico, otorgado al poeta por la virtud alada de unos renglones a los cuales logró prenderse una ráfaga de espíritu.

Pero la supervivencia de que así se habla es otra. Supervivencia de un poeta en vida; cambio de gusto, baja en la estimación pública, definitiva tal vez, o acaso momentánea. Se llamó “amados de los dioses” a los que morían en plena juventud. Todo poeta muerto en flor ha gozado de un privilegio, como del amor de los dioses. La apreciación literaria se tiñe para él de melancolía. En cambio, el poeta llegado a viejo...

Se hablará de la vejez gloriosa de un Hugo, de un Guerra Junqueiro, de un Carducci. No se hable de un Zorrilla, de un Campoamor: he aquí otros que se sobrevivieron. Y no intentaré yo comparar a los españoles con los extraños. No porque los considere inferiores o superiores, sino porque no es eso lo que aquí me interesa. Me interesa su aura popular, su consideración en el concepto de los letrados, su autoridad ante las nuevas generaciones poéticas. En este sentido, aun tratándose de los mejores, podría hablarse mucho.

A Salvador Rueda le olvidaban, le desconocían los poetas últimos. Y, sin embargo, ciertas tendencias muy de ahora, por lo menos entre los poetas de España, tenían ya gérmenes en la obra de Rueda: un sabor de copia popular, un atavío de metáforas. Todo envuelto, es verdad, en elocuencia a menudo verbosa—quiere decirse: en más palabras de las estrictamente necesarias—y, desde luego, una producción copiosísima, desigual, fría y repetidora a veces.

Mas en sus momentos de poeta, ¿qué gran poeta es Rueda! Yo no vacilo en expresarlo rotundamente. Sin embargo, tampoco me costaría trabajo parodiar a Nerón, diciendo ante uno de esos momentos maravillosos, seguido de una tirada trivial, de un canto hiperbólico, a que le inclinaba su temperamento andaluz sin freno de cultura: ¿qué gran poeta pierde el mundo!

Si la muerte de Salvador Rueda sirviese para que todos los aficionados a la poesía le releyeran, mejor que en esos dos tomos caóticos que se llaman, el primero, inexactamente (aun cuando se recopiló) “Poesías completas”, y el



Salvador Rueda

“Colorista” español

= De El Sol, Madrid =

Un diario de Madrid, en su nota necrológica sobre Salvador Rueda, dice que el “colorista” malagueño influyó en mis tempranos intentos poéticos. Es verdad.

Conocí a Salvador Rueda (y a Rubén Darío, Jacinto Benavente, Ramón del Valle-Inclán, “Azorín”) el mismo día de mi primera llegada a Madrid. 1898. Peregrinación excitada y pálida por las tertulias literarias de la época, guiado por Francisco Villaespesa, sombrero de copa, levita entallada, empaque d’annunziano, adelantado general entonces de todos los ismos habidos y por haber. Lo ví después en casa del escritor “colorista” Julio Felicer, cordobés nostálgico, que tenía una “tarde andaluza” con montilla disimulado bajo bandera nacional; y en la de los Martínez Sierra, amigos fervorosos de Salvador Rueda. Más tarde lo visité en su oficina del Casón, almagra y fría, que él creía Grecia. Tuvo la bondad de visitarme en mi Sanatorio del Retraído, con traje blanco de albañil, a veces gorra y alpargatas, que “uso, Juanito—me decía—, para mezclarme de veras con el pueblo”. La última vez que lo vi fué, creo, ¿cuánto tiempo!, en 1903.

Salvador Rueda era normalmente como un simpático ebanista en domingo. Moreno rubio, ojos leonados, tupé y bigote floridos. Andaba con paso ligero y menudo, y para saludar en la calle giraba todo el cuerpo. (Hay un andaluz así, tipo general equivalente: el doctor Gálvez, de Málaga; Joaquín Turina, de Sevilla, por ejemplo). Tenía sus fobias: no le era posible cruzar una plaza ni pisar las juntas de las aceras. Hablaba meloso y bajito, con muchos suspiros, modismos e interjecciones populares.

30, 40, 50 años. “Romanticismo, parnasianismo, prerrafaelismo, naturalismo, simbolismo, impresionismo, colorismo, modernismo, cubismo, unanimismo, futurismo, expresionismo, imaginismo, creacionismo, monologuismo, primitivismo, ultraísmo, deshumanismo, superrealismo, neorromanticismo...” Total, que como la poesía no se cuenta sino por siglos, seguimos (y lo que queda) en el Renacimiento.

(Pasa a la página 28)

otro, “Cantando por ambos mundos”; mejor que en esos dos tomos, digo, en las ediciones originales de sus diversos libros, desde las colecciones breves de su juventud hasta las de su primera madurez—“Cantos de la vendimia”, “Entropel” (que ostenta el radiante “Pórtico”, de Rubén Darío), y, más adelante, “El país del Sol”, “Fuente de Salud”, “Trompetas de órgano”, “Lenguas de fuego”—, se vería el desarrollo de una personalidad cuyo punto de arranque está, de acuerdo con el sentido de la época en que se formó su ingenio, en una tradición. Pero, y ésta me parece su novedad esencial, su aporte y mensaje no enlazan con la tradición predominante de la poesía académica, alumbrada en los cantores neoclásicos, ni con la inmediata tradición romántica de matiz becqueriano, contrapuesta a la brillante palabrería de los comienzos y contradictoria con ella, de manera distinta que lo era el empeño campoamorino en solicitud de expresión poética íntimamente ligada a la prosa, sino con una tradición no cultivada y atisbada apenas por los poetas cultos: la tradición de la poesía popular.

El poeta como hombre del pueblo: esto es Salvador Rueda, visto a su mejor luz. Un campesino de Andalucía que no se contenta con decir sus amores al pie de un reja, guitarra en mano, improvisando una copla insegura. El fondo de su poesía puede reducirse a elementos de copla andaluza: a “pasión y sentencia”, como dicen los Machado. También a comparación tomada en vivo, a imagen naciente.

Cierto andalucismo de la poesía española, no el de Jiménez, emparentado, si acaso, con Bécquer (el germano-andaluz, como Jiménez es el “andaluz universal”), pero tal vez algo del que brilla en los Machado — con fuegos más puros y timbres más selectos—, y aun en jóvenes como García Lorca, cuyos versos de mocedad tenían extraño parecido con los comienzos de Rueda, sin duda desconocidos por el poeta del “Romancero gitano”. No hablo, pues, de imitación, ni siquiera de influencia: sí de parentesco, esto es, de tradición. Salvador Rueda, en esos momentos en que su literatura parece desprendida de todo contacto literario, lo estrecha con el pueblo, poetizando a su modo, sin tampoco imitarle, vuelto sólo a la naturaleza.

Tengo a la vista por dichoso azar, entre mis papeles—alejado de mis libros y cartapacios por circunstancias que no importan aquí—unas cartas de Rueda; y al releerlas, encuentro palabras y conceptos que transcribiré para dar apoyo y sabor auténtico a estas reflexiones. No dirán lo que “es” Rueda; dicen, sin duda, lo que “creía” ser; lo que “quería” ser. Son de una larga carta de mayo de 1925 que utilizaré también más adelante en otro aspecto. Pretende la “primacía” (sic) en la evolución de la lírica española moderna—y aquí hay, en el fondo una disputa tocante a Darío,

que yo rocé en el capítulo titulado "La sombra" en mis "Conversaciones literarias"—, y dice: "Con mi niñez, arranqué de la Naturaleza para llevarlo a la Corte mi modernismo, que no fué sino dar otra vez base honda de vida y de naturaleza a la poesía. Fué un acto inconsciente de imán el llevarme tras de mí todo el mundo que había observado y reflexivamente contemplado desde niño, revolución de innovaciones y flexibilidades rítmicas y todavía más de esencias, de valores espirituales".

Hay un son de queja en esta declaración de principios. Los párrafos más íntimos de la carta hablan de querellas literarias, de soledades y apartamientos, causa en otros de olvido y desdén. Hay, asimismo, el dolor del hombre herido por las desgracias de los suyos, desaparecidos o enfermos; y llega a decir, enfermo él mismo, y apenas recuperada la vista que creyó perder, y que perdió, efectivamente, más tarde: "Acaso sea yo mucho más como enfermero que como poeta y mucho más mártir que hombre de fama".

No tengo conmigo las cartas más recientes que Rueda me escribió. En esta que cito, al comienzo va una evocación de naturaleza recuperada que atribuye a milagro, milagro de ciencia y habilidad en un hombre, su médico. Rueda vió siempre al facultativo como un mago bienhechor. En varias ocasiones de su vida el mal se le aparecía como terrible dragón y el curandero como un San Jorge nimbado de luz. No puedo recordar sin una sonrisa, hoy entreverada de emoción, algunas conversaciones tuyas de este tipo. Su aspecto físico de hombre de pueblo, corto de estatura, colorado y robusto, en los días de su madurez avanzada, no daba la menor idea de enfermedad. Al oírle, se echaban todas sus ponderaciones en el platillo de la fantasía. Y así lo veo yo también, reflejado en los siguientes párrafos de esa misma carta, fechada en Benaque, su pueblito malagueño natal, y en mayo, sin mención del día, como para sugerir más vivamente toda una luminosa primavera andaluza:

"Lo cierto es que el Universo aparece otra vez ante mí por este ensalmo científico. Ahora veo a diario, después de medio siglo, todos mis amigos de plumas de mi tierra, al reintegrarme a la vida de la Naturaleza, lo único que es vida, porque todo lo demás es puro artificio de los hombres. De nuevo he entrado con calzador rechinante en mi troquel, y con lo primero que tropiezan mis ojos redivivos es, como le digo, con la pajarería de estos campos: ellos únicamente entran en las viñas acabadas de viñar, de despampanar, de despuntar, de pisar, de tapar los racimos, y hay un lapso de tiempo en que todo está intocable, todo casto y lleno de honestidad como seno de joven que se redondea y madura para la pubertad. Toda la tierra está en sagrada gestación; ni los dueños entran en sus viñas por no pisarlas, por no profanarlas, porque en ellas duerme lo religioso. Es el "Corpus Christi, toda la tierra de Cristo", cara suya, ojos suyos, amor suyo, que

da su velo de moléculas doradas a los racimos y dispone en las eras y en las viñas el pan y la sangre reconfortadores y regeneradores. Esto se ve en la ciudad, pero en el milagroso artificio de una custodia hecha por Arte o por algún otro mágico orfebre, a la que cuelgan un ramo de espigas y un racimo de nobles moscateles. Mi Corpus son ahora todos los campos, en fecundo reposo místico, sobre los cuales revuela la pajarería de mi infancia. Sobre vuestra Custodia no van pájaros sueltos, ni avispa, ni lebelulas, ni mariposas acabadas de resucitar y de estrenar los colores de sus alas; lo propio del Corpus por las calles sería colgar de la Custodia "canarios pajizos, canarios flauta" con los trinos rizados artificialmente a tenacilla, escalafones reglamentados de notas. Mientras que en el Corpus de estos pueblos cantan en las viñas los pájaros "que cantan mal", es decir, "que cantan bien" y apropiadamente. Revuela aquí una "riblanca", traje de luto, cola de nieve, cuyas dos o tres notas parece que las pronuncia, no un pájaro, sino una hada verde; y hay una "alzacola", túnica de canela y cola que parece alzarse a resorte, cuyo tributo lírico son un par de sonidos tan sosos, tan opacos e inocentes, que semejan al verbo de las lechugas y de las alcachofas; el "tontillo" o "pinchahigos" tiene una sola nota, "como si la gorjeara un repollo o una col"; los jilgueros más "aseñoritados" cantan como si cantarían las espigas del trigo; no prosigo la escala zoológica para darle por bien enterado de que el Corpus Christi de la Naturaleza tiene todas las voces "familiares" del campo, todo el acompañamiento inocente de los pájaros que aman a Cristo... Pues calcule usted...

El resurgimiento que habrá ocasionado en mi alma el retorno, después de toda mi vida, a lo que Dios escribió en mi corazón con tan hondos trazos de vida. Mis ojos no creyeron volver más a verlos. No estoy ya, pues, casi ciego como crec el público que siempre me acompañó y me acompaña. Y por esto, como al principio le dije, estoy alegre.

"Y estoy triste, porque resucitado de ojos, resucitado de alma, resucitado de mente, viendo en plena madurez mi larguísima cosecha interior, mi sementera de ideas maduras, de emociones tornasoladas por la filosofía, mis juicios agarrados hondamente a mi carne por las raíces, cuando se granó mi trigal y fermentó mi vendimia, es cuando, ¡oh Sumo Dios!, me tengo que morir. ¿No le parece una gran tristeza, ya que los almíbares se han espesado y cuando hasta las cáscaras se han vuelto pulpa, cuando nos hicimos catadores y saboreadores porque metimos la venencia en todos los toneles, abandonar la vida, decir adiós a todo y reabsorberse en lo misterioso? De estas ideas estoy ahora lleno en contraste con la fuerza interior que hay desarrollada en mí".

Nueve años casi han pasado desde que Rueda escribía esta carta. En ellos, cuántas nuevas tristezas apenas compensadas por exaltaciones como la de un nuevo libro, "El poema del beso", en que no todo era nuevo... Su religiosidad, tocada sin duda de panteísmo, vivificaba las horas más tristes. El hombre que se sobrevivió comienza hoy, otra vez, a sobrevivirse; con una supervivencia no cercada de sombras, sino toda luz de eternidad.

Enrique Díez-Canedo

Montevideo, abril de 1933.

Soneto

= Colaboración =

Para María y Mariano Coronado

*Dolor del mundo entero que en mi dolor estalla,
hambre y sed de justicia que se vuelven locura,
ansia de un bien mayor que el esfuerzo apresura,
voluntad que me obliga a ganar la batalla.*

*Sueño de toda mente que mi mente avasalla,
miel de amor que en el pecho es fuente de dulzura,
verso de toda lengua que mi verso murmura,
miseria de la vida que mi vergüenza calla.*

*Poeta soy y vengo, por Dios mismo escogida,
a soltar en el viento mi canto de belleza,
a vivir con más alto sentido de nobleza,*

*a buscar en la sombra la verdad escondida,
¡Y las fuerzas eternas que rigen el destino
han de volverme polvo si equivoco el camino!*

Claudia Lars

Costa Rica, Julio, 1933.

John Galsworthy...

(Viene de la página 24)

bién, que es la mujer la responsable del hurto. La lógica es terrible y en ocasiones pasaderamente estúpida. El agente se descubre y declara que la mujer queda arrestada preventivamente. Se indigna el obrero, defiende a su mujer con palabras y, antes de tratar de usar de la fuerza, confiesa que él es el autor del robo, no su esposa. El agente lógico, más que los tratados de pruebas judiciales, reconoce, sonriente, la bondad innata, la generosidad del sexo masculino que prefiere el deshonor a ver comprometida la virtud inmarcesible de una mujer, y le aconseja paciencia al marido. ¿Para qué acusarse a sí propio cuando todo está probando que la mujer es la culpada? Eso es muy noble, muy generoso, pero ante la impasibilidad de las leyes de la justicia humana y sobre todo de la lógica, no tiene aplicación ni objeto. La mujer es juzgada por el delito de hurto, ante un jurado de esclavos de la ley y de la lógica y es condenada sin misericordia. Por consejo de su procurador, el hijo del diputado se niega a dar declaraciones sobre el suceso, y la sesión del jurado y el drama terminan con la condenación del inocente, según la ley, la lógica y el sentido de la justicia innato en el corazón del hombre. En el drama no hay amores. El espectador no ha menester que le propongan la "charada" de si Blas y Blasa van a casarse, como en la comedia antigua, o el "problema" de si una vez casados toman cada cual por su lado, haciendo el celoso o la celosa, como en el drama moderno. Para Galsworthy la vida tiene aspectos mucho más interesantes que el mobiliario de la alcoba o los rosales florecidos de oculta y poética enramada. El hogar de a tres o de a cuatro no tiene atractivos para un autor cuya preocupación fundamental es el amor al prójimo.

He relatado con alguna extensión esta sencilla historia, porque ella da la mejor idea del concepto que Galsworthy se ha formado del abominable enredo que los hombres han venido a hacer de una cosa tan sencilla como la vida. No parece haber querido colocarse en aquel punto de vista desde el cual la vida se le presentaba a un personaje de d'Annunzio como "una visión lejana, confusa y vagamente monstruosa". Es Galsworthy el filósofo a quien el conflicto de los intereses vitales atormenta y entristece precisamente porque ve en ese conflicto la voluntad de confundir los datos del problema que, debidamente planeado, no tendría nada de confuso. En su sentir los preceptos del decálogo y las palabras benignas del sermón del monte iluminan con claridad suficiente todo el panorama social. Es un reformador severo que usa de la escena para predicar y corregir, sin cuidarse de que los espectadores vayan a divertirse o a bostezar ruidosamente con las reprimendas. Su sensibilidad de cristiano parece vivir en continua rebeldía contra las

costumbres sociales que han pervertido la naturaleza humana. Esta es la preocupación constante de Galsworthy novelista, dramaturgo, mero observador o filósofo empeñado en hallar la fuente de nuestras miserias. El hombre es bueno, la sociedad es abominablemente perversa. En esto se aparta un poco de sus inmediatos antecesores en la novela y el drama. Para Flaubert el hombre no era malo sino rematadamente imbécil. Tuvo una predilección marcada por hacer mover a los necios en el marco de una sociedad vacía de sentido. Turguenief volvía del revés a los imbéciles con mucha gracia, sin amargura, y los exhibía en una sociedad llena de atractivos superficiales. Casi todos los personajes de Galsworthy son buenos en el fondo y parecen incapaces de obrar el mal: rehusa describirnos la psicología del imbécil. Lo desolador, lo irremediablemente triste de sus creaciones es que la bondad de sus personajes los conduce por vías de una manifiesta naturalidad

a la creación del "mal potentísimo y fecundo". Si creara sus personajes con la intención de hacerlos aparecer radicalmente perversos como en las novelas elementales de la peor época romántica, o si insistiera sencillamente en hacer ver el influjo de los apetitos inferiores sobre la actividad general de la especie, la impresión resultante sería tan pasajera como la que suele dejar en nuestro espíritu la cinta del cinematógrafo. La eficacia de estas enseñanzas acerca de la iniquidad del orden social estriba justamente en que la bondad del carácter y las más nobles intenciones conducen naturalmente a la infelicidad y a la desgracia de los personajes que intervienen en la acción.

En su último drama titulado "The Skin Game", como si dijéramos en español, "Exponiendo el pellejo", Galsworthy ha querido introducir uno o dos personajes secundarios que hacen el mal, por el mal mismo. Es tan contrario a su naturaleza este modo de ver al hombre, que, acaso por esta circunstancia, "Exponiendo la piel", resulta inferior a las anteriores creaciones del gran dramaturgo.

Su técnica es sobria, minuciosamente escrupulosa; la acción sencilla como la vida y en ocasiones omnipotente y avasalladora como el mal. Sobresale Galsworthy en el desarrollo de escenas donde abunda el personaje anónimo, arrastrado por las corrientes oscuras y subterráneas que el hombre no ha llegado a determinar y que le dominan irremediablemente. El jurado en "La caja de plata", descubre en palabras y gestos de una concisión matemática la inanidad del esfuerzo humano en busca de la justicia y la verdad. La subasta pública en "The Skin Game", una escena en que el autor ha puesto parte de los personajes en las butacas de los espectadores, hace partícipe al auditorio de las peripecias del drama y muestra cómo en las más inocentes acciones de la vida se está cumpliendo una obra de exterminio contra la cual se estrellan las enseñanzas del mejor de los hombres.

B. Sanín Cano

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

| | |
|---|------|
| Mark Twain-A. Bierce-Sherwood Anderson-Sinclair Lewis - Ring Lardner - Thyra S. Winslow-E. Heminway: <i>El hombre que corrompió a Hadleyburgo y otros cuentos norteamericanos</i> . Prólogo, traducción y notas críticas de Ernesto Montenegro..... | 4.00 |
| Amado Nervo: <i>Sus mejores poemas</i> . Selección de Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes..... | 4.00 |
| Rubén darío: <i>Sus mejores poemas</i> . Selección de Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes..... | 4.00 |
| Juana de Ibarbourou: <i>Sus mejores poemas</i> . Selección y prólogo de H. Díez Casanueva..... | 4.00 |
| José Asunción Silva: <i>Poesías</i> . Edición definitiva..... | 4.00 |
| Antonio Mediz Bolio: <i>El libro en Chilambalam</i> . (Versión del Maya)..... | 5.00 |

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

1921.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

“Colorista” español...

(Viene de la página 25)

Por aquellos años estaba de moda en España el “colorismo”, inmediatamente anterior, ¡ay!, al “modernismo”. Los maestros “coloristas” eran don Manuel Reina, de Córdoba, que caía del segundo Parnaso francés, y Salvador Rueda, predecesor de Rubén Darío, quien fué partícipe del “colorismo” antes de su gran gloria individual. Salvador Rueda cantaba en metros movidos, de cuya invención se envanecía, temas nacionales, regionales, democráticos, y en todos sus cantos tenía estrofas, versos sueltos, de rica belleza intuitiva. Era una cigarra sencilla, un auténtico gorrión, salido, no sé cómo, del falso ruiseñor, tenor hueco, de Zorrilla; y anduvo mucho entre los animalillos que luego habían de tentar al granadino Federico García Lorca. Traía a la poesía española, seca entonces como un corcho, luz, embriaguez, vida; se emborrachaba verdaderamente de mosto solar y lunar. Por desgracia para él, la tertulia de don Juan Valera y el Casón fueron ribeteando al campesino inocente de resabios cultistas que le sentaban como un tiro, y como un tiro acabaron con él. Sumido en la absurda decoración de una Grecia de yeso amontonado y una Academia de cuello tieso, Salvador Rueda, con túnica de guardarropía o imposible fraque, se salió de su verde existencia. Una vanidad ingenua lo llevó a coronarse, según el caso de su maestro en Granada, en varias provincias de España. Fué tras él por oro y lauro a las Américas. Publicó al frente de un libro el proyecto de su monumento, confeccionado para el caso por don Agustín Querol, escultor de greca también. Todo quiero decirlo, porque Salvador Rueda era un bendito de la me-

yor buena fe. Y volvió a su “Benaque por Macharaviaya”, de donde había salido, entre las abejas, con su madre ciega, a la que adoraba.

1924-26. Dos viajes míos a Málaga. Los jóvenes poetas Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, que querían a Salvador Rueda, me hablaron tristemente de él, enfermo y pobre. Fuimos a verlo; pero no lo encontramos.

(... Y cuando el sol de España por el cenit camine, que en lágrimas de luces mis cuencas ilumine como un llorar de oro que aun brote el corazón.

S. R.)

MAYAS

(A Salvador Rueda)

Por los húmedos campos, por los campos callados, que el lucero del alba baña en crudos albores, coronadas de lirios de serenos olores van las Mayas, envueltas en sudarios nevados.

Con los cándidos ojos dulcemente cerrados, al compás embriagante de sus arpas de flores, van las Mayas cantando a los tiernos amores, a las almas virgíneas, blancos himnos sagrados.

De repente, el sol fauno, labios de oro caliente, da a las Mayas un beso en la púdica frente, inflamado en deseos de un amor bacanal.

Y por él perseguidas, se refugian temblando en el pino sombrío, detrás de ellas dejando una estela de aromas de frescor virginal.

Hoy, pasados treinta y cuatro años, muerto Salvador Rueda a sus setenta y cinco y yo en mis cincuenta y uno, vuelvo a enviarle este soneto “colorista” aún y ya “modernista”. A su tumba, con cariñoso sol andaluz de primavera.

Juan Ramón Jiménez

En la serie «Vidas españolas e hispanoamericanas del Siglo XIX».

De la Nueva Biblioteca Filosófica, tomo LXIV, Fenelon:

Vidas de Filósofo. (Resumen de su vida, dogmas, sistemas, moral, máximas, etc.) Traducción de Francisco Gallach Palés. Madrid, 1933.

Ultimos títulos de la COLECCIÓN UNIVERSAL, Espasa-Calpe, S. A. Madrid:

Honorato de Balzac: *La mujer de treinta años.* Trad. de Alejandro Bon.

Lope de Vega Carpio: *Comedia famosa del “Quién todo lo quiere”...* La presenta Aurelio Báig Baños.

Fenelon: *Fábulas y opúsculos diversos.* Compuesto en francés para educación del duque de Borgoña. Versión castellana de F. Sureda Blanes.

Edmond About: *El hombre de la oreja rota.* Trad. de Carlos Villacieros.

Bernardino de Saint-Pierre: *Pablo y Virginia.* Trad. de Luis Cernuda.

Manuel Altolaguirre: *Antología de la poesía romántica española.*

Señalamos:

Alfonso Reyes: *Romanees del Río de Enero.* A. A. M. Stols. (Oficinas gráficas “Halcyon”. Maestrich. Holanda, 1933.

Juan Bustillo Oro: *3 dramas mexicanos:* Los que vuelven, Masas, Justicia, S. A. Editorial Cenit. Madrid, 1933.

Mauricio Magdaleno: *Teatro revolucionario mexicano:* Panuco 137, Emiliano Zapata, Trópico. Editorial Cenit, 1933.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Sonata Mágica (Cuentos y relatos), se titula el libro de José Vasconcelos que acaba de salir por la Imprenta de Juan Pueyo. Madrid, 1933.

Nos llega como envío de Espasa-Calpe, S. A. Madrid.

Del Dr. Enrique Pérez Albújar (Zela 663-Tacna, Perú), hemos recibido:

Calderonadas (Caprichos literarios). Chiclayo. Perú, 1930.

De mi casona. Un poco de historia piurana a través de la biografía del autor. Lima, 1924.

Matalaché. Novela retaguardista. Piura, Perú, 1928.

Ultimas ediciones de Espasa-Calpe, S. A. Madrid:

W. N. Burns: *Viaje sin vuelta. Los gansters de Chicago.* La Senda Roja de Chicago desde la prohibición alcohólica hasta Lake Lingle. Traducida del inglés. Lino Novás Calvo.

En la serie «Hechos sociales».

Lino Novás Calvo: *El Negrero.* Vida novelada de Pedro Blanco-Fernández de Trava. En la serie «Vidas Extraordinarias».

Harry W. Laidler, Ph. D.: *Historia del Socialismo.* Traducido del inglés por Felipe Villaverde. En dos tomos.

En la serie «Hechos sociales».

F. Fábregues y J. M. Saavedra: *Manual del cajista de imprenta.* Ilustrado con varias figuras.

En los «Manuales Gallach».

Luis Santa María: *Cisneros.*

En la serie «Vidas Extraordinarias».

Otras ediciones de Espasa-Calpe, S. A. Madrid.

Emeterio E. Santovenia: *Prim,* el caudillo estadista.

En la serie «Vidas españolas e hispanoamericanas del Siglo XIX».

Julio Camba: *La ciudad automática.*

André Demaison: *El libro de los animales llamados salvajes.* Traducción de M. T. Llanos. Dibujos de M. Benet.

Pio Baroja: *Juan van Halen,* el oficial aventurero.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

ARCHIVOLOGIA

Rafael Bori: *Manual práctico de clasificación y archivo.* Barcelona. Editorial Cultura, 1932. 120 páginas en octavo.

La Editorial Cultura, editora de tantos pequeños manuales prácticos, necesarios en la cultura moderna y concebidos y realizados de acuerdo también con la vida moderna, agitada, rápida en su desarrollo, no podía dejar de contar en su colección este manual, y, puesto que había de publicarlo, era poco menos que obligado que encargara su confección a hombre tan práctico también, al mismo tiempo que dinámico, como Rafael Bori, el hombre del método y de la actividad (actividad metódica, útil), el especialista en organización comercial y alentador en empresas de este género.

El Sr. Bori ha recogido en un pequeño libro lo más aceptable y más moderno en sistemas y prácticas de archivología comercial; explica los sistemas, desmenuza detalles, sopesa procedimientos e infiltra en todos las enseñanzas obtenidas, no ya de los libros, sino de su personal experiencia en el manejo de correspondencia comercial, en la ordenación de papeles de negocios y en la enseñanza y tratadista de la materia, puesto que no es ésta la primera publicación de Rafael Bori sobre temas comerciales y concretamente sobre archivología de este género; suyas son las obras siguientes: *La venta por correspondencia, Publicidad y venta por correo, La ficha, Organización comercial, Los métodos modernos de clasificación y archivo, Tratado completo de publicidad y propaganda,* y muchas otras escritas, ya sólo por él, ya en colaboración con otros especialistas.

Jenaro Artiles

(Luz, Madrid)

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Poesías de Porfirio Barba-Jacob

= Del tomo *Rosas Negras*. Guatemala, C. A. 1933 =

LA ESTRELLA DE LA TARDE

A Leopoldo de la Rosa, el gran poeta

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción... Y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;
el corazón del monte está cerrado;
el perro del pastor trágicamente
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada...

¿Quién puso en nuestras almas, anhelante,
vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
quimeras vanas, caridad sin obra?
Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada...

¿En qué islas de grutas misteriosas
arrullaron los Númenes tu sueño?
¿Quién me da los carbones irreales
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólidos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío en el impulso errante,
nunca sabremos nada...
Y, sin embargo...

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo ra-
diante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
—“La estrella de la tarde está encendida”.—
Avidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hilo de luz...

Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado...

LA HERMANA

La tarde perlina, de azúleos cabellos,
muchacha romántica;
yo, deshecho en lágrimas,
niño consentido.

En mi llanto las casas y el pueblo se han
hundido.
¿Tal vez las astromelias florecerán mañana!
En un árbol que canta un mirlo forma el nido,
va un príncipe a buscarlo, el mirlo está es-
condido,
y mi madre me arrulla y estoy adormecido.

La tarde que iba jugando,—
hermana de azules cabellos,—

se acuesta a mi lado.
Y mi madre a los dos nos ha besado.

PLENITUD

A Adolfo Drago-Bracco

Un viejo triste, hurafío, sórdido,
cruzó mi tierra maternal:
tras lo turbio de sus pupilas
hallé tan sólo ruindad.
¿Cuán malo es!—dije en mí mismo:
¿que no le vea nunca más!
Si no reprimo mi cólera
los perros le voy a azuzar.

Después—¡oh hermosura de la vida!—
de aquel horrible hombre en pos
iba un niño por el sendero,
y en el sendero era una flor.
Un vaso de agua, con voz dulce
me pidió por amor de Dios;
tembloroso y lleno de lágrimas
dije: ¡Por amor tuyo te la doy!

Era aquel niño vivo y fino
y lindo cual lirio de abril;
a través del cristal yo veía
de su boca el puro rubí.
—Pequeñuelo, te doy mi granja,
mi pan, mi afecto; mora aquí.
—Mi viejo padre gana el pan de cada día
y es dichoso en mi amor.

¡Yo comprendí!

¡Oh plenitud! Y desde entonces
a ningún padre odio jamás:
toda miseria la redime
una corona paternal.
Quien tiene un niño, ha ejercitado
divinamente el don de crear:
quien tiene un niño sublima el mundo
y lo nutre de eternidad!

LA INFANTA DE LAS MARAVILLAS

Ofrenda lírica a la Srta. Nena Morales Górriz

Un día en mi niñez. Crepúsculo inefable,
y, sin saber por qué, yo en la campiña profunda.
Brillaban unas flores en toda la campiña,
y absorto en mis cinco años, temblando interrogué...
—¿Madre, qué flor es ésta?—La flor de las maravillas...

Un día en mi niñez, y sin saber por qué...

De súbito hacia el fondo del campo enardecido,
una Infantina esbelta, una niña inasible,
que era las maravillas y el crepúsculo.
Mi madre iba colmando de flores un copón,
y entre las maravillas, en medio del crepúsculo,
la niña esbelta, la veste blanca y roji-azul el pañolón.

Mas luego, andando un poco la noche y la pradera,
con voces impasibles dijo mi madre abuela:
—“Donde se ve ese surco de hierba nació yo:
¡no quedan ya ni aun tapias!... ¡La hierba es altamiza!...”
Silencio... Un gran silencio.

Hierba de las ruinas...
Llanto de lo inefable preñaba mis pupilas.
La Infanta me dió un beso y el llanto desbordó.

En medio de las ruinas ataban maravillas
a la luz de la luna.

Después, andando el tiempo, la vida y los países,
vi mil cosas... Vi arder la tierra en su extensión.
Paisajes de montañas, doncellas que suspiran,
danzar entre guirnaldas... La mies ya está madura
y al júbilo es el día, la noche a la pasión.

Entre coros de jóvenes, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?

—La Infanta de las maravillas.

Y andando, andando el dulce tiempo juvenil
vi el monte dar la miel de sus colmenas. La alegría,
con la miel del monte, no cesa de fluir.
Un beso conmovido, la luna y las guitarras,
ávido el corazón, insaciado, encendido,
la mano firme, un freno de oro a la ilusión...
¡Oh júbilo exaltado! La vida es la alegría
y su aleatorio impulso nos lleva el corazón.
El vino loco al declinar el día...
y entre coros de jóvenes yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?

—La Infanta de las maravillas.

Y al cabo, estar colmadas las noches de infortunio.
¿Qué silencio tan lóbrego! ¿Qué frío el corazón!
En la noche sin sueño en que croan las ranas,
qué fantasmas y cuánto delirio que pasó...
Un vino aurifulgente, de ensueño mortecino...
Un aroma que huye, la viola encantada,
la seda tornasol, la miel de la granada
y un anhelo que no lo colma nada...
Entre tapias rotas, la lúgubre altamiza:
sangrando en sus ruinas mi propio corazón...
Y en medio de mi pena, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta?—¿Cuál Infanta?

—La Infanta de las maravillas...

CANCION DEL DIA FATIGADO

(Elegía de Sayula)

A José Vasconcelos

¡Hasta que llovió en Sayula! *Folklore mexicano*

I

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula...
¡donde llovía a cántaros!—ensueños fuí a espigar.
Cantaban unos jóvenes, y sus bellas canciones
las muchachas del pueblo salían a escuchar.
Busco una vida simple, y, a espaldas de la Muerte,
no triunfar, no fulgir, obscuro trabajar,
pensamientos humildes y sencillas acciones,
hasta el día en que, al fin, habré de reposar!

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

II

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada estéril,
y la fecundan largos ríos de dolor.
Arando, arando, iban cantando unas canciones,
y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,
como eres tú, Romelia: como Guadalajara.
¡Qué maravilla! Bosques de cálida astromelia
en un silencio azul envuelven los salones...
Vivir aquí, labrando las tierras de Sayula,
porque me diesen ellas, a cambio de sudor—
ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—
¡paz! ¡paz en mis entrañas!, ¡silencio en mi redor!

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

III

Ala del tiempo...
Ala del tiempo...

Ha mil años, un pueblo formaría

con polvo de hombres una ruin alfarería...
Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,
y en mi frente—un incendio de florestas—
fluye tu cabellera perfumada.
Sayula está de fiesta
porque llovió; la luna sublima los magueyes,
me dan vino, y... ¡México es tierra de elección!
"Mi padre—dice un joven—tiene cinco yuntas de bueyes"
Cruzan la nonda noche ráfagas de maizales,
y un júbilo de júbilos nos llena el corazón.
Luces en las cabañas!
Canciones por las montañas!
Un lecho de espadañas que las dora el estío,
y tú, Fantasma bruno, que siempre me acompañas...
¡Dadme vino, y llenemos de gritos las montañas!

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

IV

...Bajo el portal caduco vine a buscar sosiego.
Rendidos de cansancio, en la tierra desnuda
duermen una mujer, un niño, un labriego.

Se mira arder la noche,
cuajada de cocuyos.

Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado—
¡nada más la fatiga de un día: nada más!—
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.
El niño, friolento, comienza a sollozar...
¡Oh pobre india estúpida: tu hijo está llorando:
arrúllalo en tus brazos y dale de mamar!

EL SON DEL VIENTO

E a postre, viene un grand viento, que todo lo lleva.

El Libro de los Gatos

El son del viento en la arcada
tiene la clave de mí mismo:
soy una fuerza exacerbada
y soy un clamor de abismo.

Entre los coros estelares
oigo algo mío disonar.
Mis acciones y mis cantares
tenían ritmo particular.

Vine al torrente de la vida
en Santa Rosa de Osos,
una media noche encendida
en astros de signos borrosos.

Tomé posesión de la tierra,
mía en el sueño y el lino y el pan;
y, moviendo a las normas guerra,
fui Eva y fui Adán.

Yo ceñía el campo maduro
como si fuera una mujer,
y me entibiaba un vino obscuro
de placer.

Yo gustaba la voz del viento
como una piñuela en sazón,
y me la comía... con lamento
de avidez en el corazón.

Y, aligero esquife al día
y a la anoche y al tumbo del mar,
bogaba mi fantasía
en un rayo de luz solar.

Iba al Oriente, al Oriente,
hacia las islas de la luz,
a donde alzara un pueblo ardiente
sublimes himnos a lo azul.

O cruzando la Palestina
veía el rostro de Benjamín,

su ojo lánguido, su boca fina,
y su arrebatado de carmín.

O de Grecia en el día de oro,
do el cañuto le daba Pan,
amaba a Sófocles en el coro
sonoro que canta el Peán.

O con celo y ardor de paloma
en celo, en la Arabia de Alá
seguía el curso de Mahoma
por la hermosura de Abdalá:

Abdalá era cosa más bella
que lauro y lira y flauta y miel:

cuando le llevó una doncella
cien doncellas murieron por él!—

...Mis manos se alzaron al Ambito
para medir la inmensidad;
pero mi corazón buscaba ex-ámbito
la luz, el amor, la verdad.

Mis pies se hincaban en el suelo
cual pezuña de Lucifer,
y algo en mí tendía el vuelo
por la niebla, hacia el rosicler...

Pero la Dama misteriosa
de los cabellos de fulgor
viene y en mi mano posa
y me infunde un fatal amor.

Y lo demás de mi vida,
no es sino aquel amor fatal,
con una que otra lámpara encendida
ante el ara del ideal.

Y errar, errar, errar a solas,
la luz de Saturno en mi sien,
roto mástil sobre las olas
en vaivén.

Y una prez en mi alma colérica
que al torvo sino desafía:
el orgullo de serte, América,
el Ashaverus de tu poesía...

Y en la flor fugaz del momento
querer el aroma perdido,
y en un deleite sin pensamiento
hallar la clave del olvido.

Después un viento... un viento...
(un viento...
y en ese viento mi alarido!

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

| | |
|---|-------|
| Gerardo Hauptmann: <i>La prodigiosa Isla de las Damas. Historia de un archipiélago imaginario.</i> Novelas..... | 4.00 |
| Los estoicos: Epicteto. <i>Máximas</i> Marco Aurelio: <i>Pensamientos</i> Boecio: <i>De la consolación por la filosofía.</i> Pasta... | 3.00 |
| Sergio de Markow: <i>Cómo intenté salvar ala Zarina</i> | 3.00 |
| Ernesto Morales: <i>Sarmiento de Gamboa.</i> Un navegante español del siglo XVI... | 4.00 |
| Erasmus: <i>El enqlridión o manual del caballero cristiano y la paráclisis o exhortación al estudio de las Letras Divinas</i> | 15.00 |
| José Martí: <i>La edad de oro.</i> Pasta..... | 5.00 |
| Gracián: <i>Páginas escagidas.</i> Pasta... | 4.00 |
| Carlos Vega López: <i>La fonda de Madama Clara</i> | 1.50 |
| G. Martínez Sierra: <i>Tú eres la paz</i> | 3.00 |

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Porfirio Barba-Jacob

Tablero

= 1933 =

¡BUENO!, ¿Y QUE?

Un sabio y notable profesor médico reúne siempre a su alrededor buen número de discípulos que sueñan llegar a tener algún día la fama que muy mercedadamente goza hoy por el mundo este célebre investigador.

Deseoso de ayudar a la juventud que empieza, les encarga constantemente trabajos y preparaciones para, así, familiarizarlos con la ciencia.

Llegó por primera vez a su laboratorio uno de estos "aprendices" y el profesor le entregó, para su estudio y comentario, una publicación en ruso.

El muchacho, perplejo, daba vueltas y más vueltas al libro, sin saber qué hacer. Lo observó el profesor, y le preguntó qué le sucedía.

—Es que yo..., la verdad..., no sé el ruso...

—¡Bueno!, ¿y qué? ¡Si nos paramos en estos detalles, no llegaríamos nunca a ser nada!

(Luz, Madrid.)

ADVERTENCIA

"La infancia es un recuerdo del Paraíso". La frase no está batida en metal noble; no quedará, y es mejor que no quede. Uno de los motes de combate, o más bien "ritornello", que hemos agitado más veces, y al que será preciso volver todavía, es éste: "Ni paraíso perdido, ni tierra de promisión". Vivimos siempre al servicio del momento, sin olvidar que gravitamos hacia el centro del mundo. No hay, ni aun para niños. Edén que rescatar ni Arcadia que restituir. La vida es dura, a Dios gracias, y porque lo es se nos ofrece colmada de sentido.

Esa pedagogía humanitaria que privó en el tiempo de Pestalozzi se ha vaciado de virtud. No se enseña jugando, como cuando se jugaba a enseñar. La memoria sigue siendo madre del entendimiento, y quien la adquiere sin fatiga no la adquiere del todo. Que la niñez conozca el rigor en la escuela y en el hogar de los suyos. Claro está que la risa del niño es la flor más delicada del universo. Los cuentistas que la hacen brotar son grandes bienhechores. Proclamemos que no hay oro para remunerar los servicios de un Carlos Perrault o de un Andersen. Con sus cuentos no la instruyen, no la educan, no la edifican; eso, siendo mucho, sería poco: sencillamente, la encantan. Bienhechores son también los que redactan o editan revistas para niños, y nombran otra vez a Collodi, creador del "Pinocho", y a Bartolozzi, que nos nacionaliza al pequeño héroe...

Pero entre estas revistas se han deslizado otras, que no citaremos y que enturbian con su licencia, por otra parte estúpida, la risa infantil. Sugiramos tan sólo la oportunidad de una inspección. Nos ha llegado justamente una denuncia en la que está latiendo la severidad más recomendable. Acojamos la denuncia; pero borremos antes nombres y apellidos.

Pedro Murlane Michelena

(El Sol, Madrid.)

NOTICIA BIBLIOGRAFICA

"Mentira desnuda", de Antonio Marichalar (Ed. Espasa-Calpe, 6 pesetas), es una recopilación de "veinte ensayos—dice el autor—, tomados al azar entre la dispersa labor de diez años", "ejemplo de fervores que fueron", "señales para acusar el nivel que alcanzaron las aguas por aquel entonces". Distintos en el objeto, coinciden en incidir siempre sobre algún hecho literario para, desde éste, recaer en el tema de la literatura, su esencia, su necesidad, su justificación.

Mientras unas generaciones se han entregado descuidadamente al arte literario, otras necesitan, además, justificarse ante sí mismas su dedicación a la escritura. No se contentarían si la literatura no fuese algo trascendental, inevitable y, por así decir, un fenómeno sustantivo. Su problema no es un problema literario, sino "el" problema de la literatura, el por qué y el para qué de la literatura. El primero, más consciente de esta dubitación entre la arbitrariedad y la necesidad de la literatura—y por eso quiso afirmarla casi en una metafísica—, fué Mallarmé, de quien heredó preocupaciones idénticas Paul Valery. En varios ensayos de esta recopilación—sobre todo en el primero, "Poesía eres tú", y en la "Introducción al método de M. Teste"—asoma esta inquietud, que, para dar un fundamento sólido, independiente y sustancial a la literatura, quiere partir de la nada para llegar, desde ella, a lo absoluto. Por otro lado, más extrínseco, Antonio Marichalar es hoy, en España, el atalaya de la literatura inglesa—véanse en este tomo sus estudios sobre James Joyce, Lytton Strachey, O'Flaherty, etc.—, como es, en Inglaterra, el introductor de la literatura española con sus frecuentes crónicas en "The Criterion", de Londres.

(Luz, Madrid.)

OMAR DENGÓ,

por Carlos Jinesta. San José, Costa Rica. 1932.

La juventud de Costa Rica ha consagrado vasta literatura, lamentando la pérdida del ilustre educador Omar Dengó, personalidad revelante por su labor pedagógica y ejemplo de vida generosa en pro de la cultura cívica de aquel hermoso y para mí siempre querido e inolvidable país. Jinesta le dedica este folleto, reimpresión de su brillante y sentido artículo publicado en el *Repertorio Americano*, para que quede impresa, constante y eternamente, como un símbolo, la vida fecunda de aquel gran

varón que sembró durante su existencia "virtudes y altiveces en las almas, recogiendo en recompensa la significativa actitud de un pueblo que se puso de rodillas ante su tumba—hundida de luz, florecida en iris—con el temblor de una oración en los labios".

(Del *Diario de La Marina*, La Habana, 16 abril, 1933.)

EL ALMA DE LAS PALABRAS

= Envío del autor =

La raíz nub expresó en latín la idea de cubrir. La nube llamóse así porque cubre. ¿No es como un palio sobre nuestras cabezas? Pero lo notable es que el contenido de este continente fonético, nub, tuvo el mismo sentido figurado que nuestro verbo cubrir, su equivalente ideológico: juntarse el macho con la hembra para fecundarla. De la raíz nub, con este último sentido nació núbil, la que se puede cubrir. Desentrañando así el origen de esta palabra, núbil, ya tan fina, tan aristocrática, lo encontramos en el fango de un materialismo brutal; flor de fango, no por eso menos flor ni menos bella. Como en la naturaleza, en la lengua, (¿pero acaso ésta no es parte de la naturaleza?) hallamos bellas floraciones que brotan del fango. Dicen los filólogos que las palabras se gastan con el uso, como las monedas; cabría agregar que algunas, como las joyas, cobran mejor sentido con el tiempo o mayor brillo con el uso.

Crisóstomus

Bella Vista, en enero de 1933.

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

| | |
|--|------|
| Carlos Pereyra: <i>La juventud legendaria de Bolívar</i> | 6.00 |
| Percival G. Masters: <i>Ejercicio en casa y la salud</i> | 3.25 |
| Atilio Supparo: <i>Parvas chicas</i> (versos criollos)..... | 2.00 |
| M. Pokrovski: <i>Historia de la cultura rusa</i> | 6.00 |
| Rafael Arévalo Martínez: <i>La signatura de la esfinge</i> . Novelita..... | 0.75 |
| Oscar At: <i>Del misterio y la angustia</i> | 2.00 |
| Marcelo Proust: <i>El mundo de Guermantes. I</i> | 4.25 |
| Narcélo Proust: <i>El mundo de Guermantes. II: Sodoma y Gomorra I</i> | 4.25 |
| Clara Diana: <i>Atardeceres</i> | 3.00 |
| Rafael Cardona: <i>El sentido trágico del Quijote</i> . (Acotaciones y Quijoteos)..... | 3.00 |
| Lucio D'Ambrá: <i>Mister Whisky mi rival</i> . Novela..... | 2.50 |
| Rodolfo Rocker: <i>Artista y rebeldes</i> . (Escritos literarios y sociales)..... | 5.00 |
| Francisco C. Bendicente: <i>Economía racional Argentina</i> . Apuntes geográficos..... | 0.50 |
| Hermínia C. Brumana: <i>Cabezas de mujeres</i> | 3.00 |
| J. Pijoán: <i>Mi don Francisco Giner</i> . (1906-1910)..... | 2.00 |
| Roberto Brenes Mesén: <i>Los dioses vuelven</i> . Poemas..... | 3.00 |

Solicítense al Admor. del Rep. Am

J. PIEDRA C.

SASTRERIA AMERICANA

PARA GENTE DE BIEN

75 varas al Oeste del Parque Morazán (Avenida de las Damas)

El poeta de la angustia

= De *El Nacional*, México, D. F. Envío de R. H. V. =

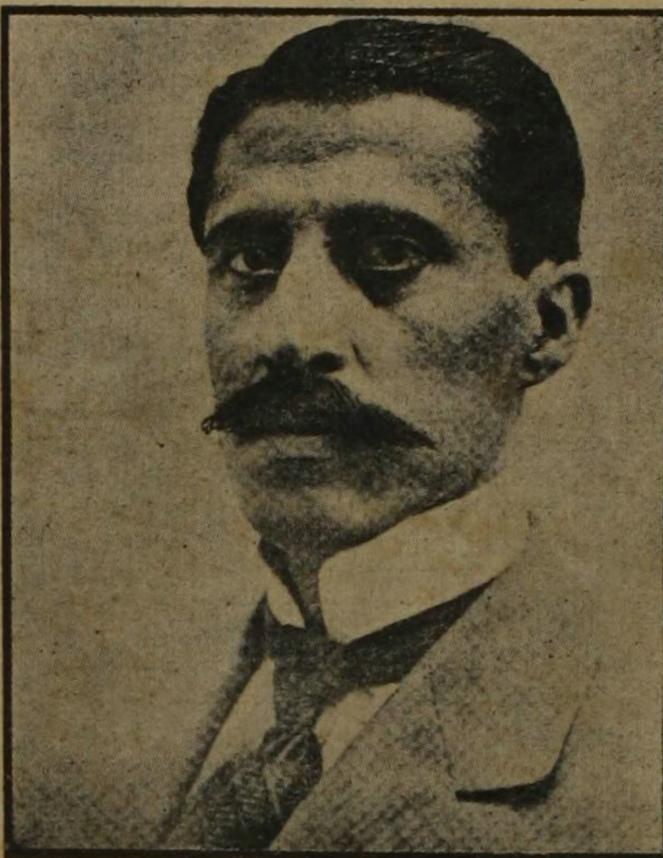
¿Que es poesía? Y el hombre ante esta interrogación se responde: El pensamiento divino hecho melodía humana. Porfirio Barba-Jacob está así dentro de su mismo concepto, porque como poeta de América es él su mismo verso: divino, humano. Hay, para su divinidad, su desgarramiento y en el desgarramiento existe su profundo sentido de lo humano. Así, Barba-Jacob, al desplegarse, entre humano y divino, adquiere su mejor calidad de demonio; y es así, nihilista, adolorido, siempre rebelde.

No olvidamos la noche en que Barba-Jacob hizo su presentación: en el escenario de un teatro apareció un raro, vago ser. Raro, vago: estas palabras no lo definen; lo dibujan. Raro en el negro; vago porque nos parecía el ensamble de dos hombres, tal en sus ademanes y en su voz, abriéndose en sus brazos las alas sulfurosas y en su palabra la miel de un Dios desposeído, huracán, cercador de su propio paraíso, dentro del cual, estaba el manzano pródigo y la serpiente artificiosa. Entre lo perdido y lo por conquistar adivinamos el dolor del hombre: un dolor divino expresado humanamente.

Hombre metafísico, se designa: y en verdad que su rostro es el misterio; un misterio fluente, arrecido sobre su aura y en su halo, porque Porfirio Barba-Jacob, desde lejos, deja el trazo de su poesía y avienta su propia Poesía cuando usa o no usa el corazón, cuando "penetra en las más lóbregas comarcas del dolor humano, asume torturas extrañas como si fueran propias y las expresa en raptos líricos apasionados, de insólita sinceridad".

Un libro de sinceridad absoluta, aunque no se definan en él poemas "absolutos". Entre lo que pasó y lo que puede venir está el presente inmisericorde, aromado, de improviso, por la gracia de un mancebo que hace latir en el poeta la vena clásica del amor que está diciendo su nombre; conturbado por el dolor de ayer, de mañana, de hoy; adormecido vanamente, despierto para el insomnio, siempre exaltado en la contemplación de las angustias y en sentir las y embellecerlas.

Barba-Jacob, así, es el poeta de un presente negado por afirmarse. El paisaje: un monte azul, un pájaro viajero, un roble, una llanura, un niño, una canción. Ver, sentir la canción, el monte, el pájaro, el roble, la llanura: existencia. Pero el poeta termina: "Y sin embargo, nada sabemos hoy, hermano mío". Vemos, de este modo, como se aúnan esos sentimientos de demonio que hay en Barba-Jacob. Por un lado el gozo de



Porfirio Barba-Jacob

contemplar seres y cosas reales, y, por otro, el goce de negarlas para animar su superioridad sobre cosas y seres. El poeta no se conforma con lo exterior; va a la médula y vuelve de ella desencantado: "Y sin embargo, nada sabemos hoy, hermano mío".

Esta angustia ante la vanidad de las cosas y de los seres, penetra alguna vez al poeta. Es en el canto "Un Hombre", biografía espiritual que concluye, después del análisis, afirmando también el sentido de dolor universal de esta palabra: ¡un hombre! ¿Acaso el hombre es y existe como en la "Canción de la Vida Profunda"? Vienen días en que la materia canta en las actitudes: el hombre es móvil, la vida es clara; días en que la carne tórname fertilidad y el alma brota florestas de ilusión; días miserables y sórdidos en que el alma, ayer florecida, se oscurece; días en que las cosas y los seres negados—verso, trino, monte, pájaro—el mismo dolor, escriben una sonrisa en su rostro; días en que la lubricidad se fija hasta en un fruto; días en que las capas dormidas del dolor despiertan y es Dios impotente en el consuelo; el día de los días, el soplo ineluctable y el viaje final.

En estas antítesis está el poeta, y en el poeta el hombre y Dios. Diálogo no dicho sino sentido. Simbiosis que termina en el desencanto y desencanto que termina en el orgullo. El nihilismo de Barba-Jacob no rueda una sola lágrima, no afina una sonrisa de piedad; se queda en el gesto austero, de contemplación, de ensimismamiento. Un orgullo

que exclama: ¡No!, todavía cuando "con sus manos violáceas, en la tarde riente, ya su ansiedad la muerte haya apaciguado".

En "La primera Canción de la Soledad" el poeta vuelve al desencanto después del diálogo con la naturaleza. Ni el amor del flautista impúber, el amargo amor, logran el silencio en la boca que ya está hecha para la negación. Dice: "¡Alma mía, qué cosa tan vana!" Y en "La Reina" concluye: "Al aura errante, al lampo del lucero, al tremulante amor de un joven marinero, en la noche de caudas opalinas pregunto: ¿Qué enigma está en vosotros? Y responde por mi carne de cirios alumbrada, mi Musa en sus laureles desolada: Nada".

La nada y el polvo. Tras de la Muerte, la Nada; tras de la Nada el Polvo iracundo en esta visión para América: "La Muerte viene, todo será polvo; polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar, polvo en la urna, y, rota ya la urna, polvo en la ceguedad del aquilón".

El poeta ha sentido también la tragedia de sus manos. Todo lo que ellas acaricien dejarán huellas digitales de dolor. Y recuerda. "Los desposados de la Muerte" es la pre-biografía de su propia angustia engarzada en la biografía plena de las angustias transmitidas. Después viene la tácita confesión: "El son del viento en la arcada tiene la clave de mi mismo: soy una fuerza exacerbada y soy un clamor del abismo". La fuerza se ha puesto en movimiento y el clamor se ha elevado. Entonces el poeta se convierte, para América, en el Ashverus de la poesía continental. Deía su planta y su canción. Su planta en la tierra por la que le llega el dolor ennoblecido. Y su voz en el aire ennoblecido igualmente. Huella y voz son el abismo en que, hundido Barba-Jacob, sobresale no obstante para dar este alarido: "¡Todo el dolor y toda la alegría, y nadie ha sido más feliz que yo!"

No es el dolor ni la alegría de la conformación. Barba-Jacob no ha sido nunca un místico a pesar de la sangre de antiguos juristas y santas que se revuelve en su sangre. Un místico sentiría el poder de su Dios y Barba-Jacob es, en sí mismo, un Dios. Así se comprende. Su reino y su mando han quedado señalados. Su obra viene detrás de sí, mañana, porque "su hora no ha llegado todavía".

Así es el Porfirio Barba-Jacob que nos deja entrever la edición de "Canciones y Elegías" que Edmundo O'Gorman y Justino Fernández acaban de hacer en su editorial "Alcancía".

Héctor Pérez Martínez